



DE 14 A 20



De 14 a 20, revista literària. Núm. 1, febrer 2015.

Institut Puig Castellar
Santa Coloma de Gramenet

ÍNDEX

• Presentació.....	4
• Relats finalistes (curs 2013-2014):	
◦ El extraño ser.....	5
◦ Velada para un recuerdo.....	16
◦ Entre las sombras.....	22
• Reflexions i consells d'alguns mestres:	
◦ Antón Chéjov.....	31
◦ Flannery O'Connor.....	36
◦ Alejo Carpentier.....	38
◦ Raymond Carver.....	40
• Bases II convocatòria.....	44



23 d'abril de 2014, a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar:
els tres alumnes finalistes (Marc Prado Díaz, David S. Murga i Núria Fernández Bermejo)
entre tres mares de l'AMPA i tres membres del jurat (gràcies a Salva Redón i a Alberto Aranda,
d'ACOLITE, per la seva col·laboració).

PRESENTACIÓ

El curs 2013-2014, l'AMPA de l'Institut Puig Castellar va convocar el premi “De 14 a 20” i va fer una reiterada crida a la participació en aquest concurs de tots els joves colomencs lletraferits de 14 a 20 anys. Abans d'acabar el curs, el 23 d'abril de 2014, a un acte literari celebrat a la biblioteca d'aquest institut, van fer-se públics els títols dels tres relats finalistes: “El extraño ser” de Marc Prado Díaz (16 anys), “Velada para un recuerdo” de David S. Murga (17 anys) i “Entre las sombras” de Núria Fernández Bermejo (14 anys). D'aquests tres finalistes, dels quals el jurat va destacar “el treball d'estil, la voluntat literària i l'arriscada temàtica mig onírica”, van sortir el 1r premi i el 2n premis, atorgats respectivament als relats “Velada para un recuerdo” i “Entre las sombras”.

Com que aquest curs s'ha tornat a convocar una altra vegada el premi (hi ha alguns petits canvis a les bases d'aquest any), ens hem decidit a publicar els tres relats finalistes de la primera convocatòria i una sèrie de reflexions i consells de grans autors sobre el relat, que esperem que siguin un referent i un estímul per als lectors en general i per aquells que se sentin cridats a posar per escrit les veus del seu món interior.

Ara bé, parlant de referents, Harold Bloom, un gran crític nord-americà, al seu llibre *Cuentos y cuentistas. El canon del cuento* (Madrid, 2009), recull comentaris sobre 39 autors de narracions breus: Alexander Pushkin, Nathaniel Hawthorne, Hans Christian Andersen, Edgar Allan Poe, Nikolai Gogol, Iván Turgueniev, Herman Melville, Lewis Carroll, Mark Twain, Henry James, Guy de Maupassant, Joseph Conrad, Antón Chéjov, O. Henry, Rudyard Kipling, Thomas Mann, Jack London, Sherwood Anderson, Stephen Crane, James Joyce, Frank Kafka, D. H. Lawrence, Katherine Anne Porter, Isaac Babel, F. Scott Fitzgerald, William Faulkner, Ernest Hemingway, Jorge Luis Borges, John Steinbeck, Eudora Welty, John Cheever, Julio Cortázar, Shirley Jackson, J. D. Salinger, Italo Calvino, Flannery O'Connor, Cynthia Ozick, John Updike y Raymond Carver. Aquesta és la llista de Harold Bloom, una llista molt personal i amb un clar predomini d'autors anglosaxons, a la qual probablement molts lectors del nostre entorn hi afegirien altres escriptors (Pere Calders, Mercè Rodoreda, Sergi Pàmies, Juan Rulfo, Augusto Monterroso, Horacio Quiroga, etc.), però el que és cert és que tots els narradors esmentats són models que poden servir als autors que encara s'estan formant. Si hem donat la llista sencera de Bloom és perquè tothom hi pugui trobar alguns dels seus mestres. Al cap i a la fi, molts autors escriuen perquè abans han llegit, perquè s'ho han passat molt bé llegint i perquè voldrien que els seus lectors també s'ho passin molt bé llegint les seves històries.

Que els joves colomencs llegeixin i escriguin, vet aquí dos bons objectius que s'han proposat els organitzadors amb la convocatòria del concurs “De 14 a 20”. Tant de bo que aquesta modesta publicació sigui una petita contribució per aconseguir tan nobles objectius.

El coordinador

Santa Coloma, 9 de febrer de 2015

EL EXTRAÑO SER

Para muchos, los sueños son algo sin importancia, algo que transcurre en sus mentes durante la noche, mientras duermen. Imágenes e historias que se crean en nuestro subconsciente y que éste nos hace creer que están dentro de una historia real.

Luego están aquellos que pueden ver y predecir ciertas acciones futuras mediante estos sueños, desgracias o, por el contrario, golpes de suerte propios o ajenos a ellos. Por el contrario, hay personas que pueden recordar momentos pasados de otras. Este tipo de personas son llamadas normalmente médiums, y han hecho de esa habilidad un negocio.

Pero como dijo Calderón de la Barca, *la vida es un sueño y los sueños sueños son*. Escuchando esto, es irónico saber que hay entes que habitan en ciertos sueños, sueños recién nacidos, ya que son recuerdos que han evolucionado hasta convertirse en sueños para cautivar a la gente, para que se pongan en su piel y así apoderarse de ellos, dejando a sus víctimas encerradas en los recuerdos de una vida desdichada, y así ellos poder tener una segunda oportunidad. Una segunda vida, no piden más.

Yo me llamo Marc y, como es de suponer, nunca creí estos cuentos de viejo, siempre disfrutaba de los sueños que tenía, me agradaba tener sueños. Viajar a lugares remotos e imaginarios, conocer a gente abstracta y desconocida, y vivir miles de aventuras día a día.

Esta idea de los sueños cambió radicalmente el día en que me dejé cautivar por un extraño ser, de nombre aún desconocido. No obstante, y no me preguntéis por qué, el ente más temido por la humanidad y por todo ser vivo que se precie, aquel que puede acabar con nuestra parte vital con tan sólo tocarnos, aquel día decidió acudir en mi ayuda cuando peor pintaban las cosas.

Haciendo referencia a las personas que quedan atrapadas en la vida desdichada de estos depredadores de vidas, deberán aguardar con paciencia una nueva víctima que le sustituya en su desdichado destino.

Dicho esto, y habiendo aclarado la base por donde llevaré mi historia, retrocederé unos años atrás, no recuerdo con exactitud cuántos, pero sé seguro que ya hace mucho y que no puedo olvidar ni un solo detalle.

* * *

Desperté de un sobresalto, un brusco despertar acompañado de un mar de sudor que resbalaba por mi cuerpo y se precipitaba en las sábanas, mojándolas por completo. “Una pesadilla”, me dije. Así que decidí levantarme a por un trago de agua. Pasé por delante de la habitación de mi hermano, giré la cabeza para verlo dormir con la boca abierta y emitir una serie de sonidos que me recordaban el gemir de un sapo en celo. Pero nada, no estaba allí, solo la ausencia de su hueco en el colchón me indicó que no estaba allí. Fui a mirar, a ver si estaba con mi padre, pero nada. No obstante, la habitación donde mis padres solían dormir reflejaba una escena de nerviosismo y tensión, como si hubieran tenido que abandonar corriendo el lugar.

Avancé por el largo pasillo, solo el latir de mi corazón y una leve respiración procedente de mis ahora pequeños pulmones, rompían el silencio que reinaba en la casa.

Decidí salir a la calle en busca de alguna explicación. Allí me percaté de que no soplaban una brizna de aire que me acariciara para no sentirme tan solo, pero, más allá de detalles irrelevantes, lo que más me aterrorizó fue ver que las calles estaban desiertas. Nadie ni nada parecía haber poblado la ciudad que ahora reflejaba una escena de destrucción. ¿Un huracán?, ¿una guerra quizás? Fuera lo que fuera, había destruido por completo una ciudad que hace apenas seis horas, recordaba repleta de paraguas debido al temporal de los últimos días, que había barnizado las calles con el reflejo del cielo completamente tapado, junto a un conjunto de hojas que parecían formar parte del suelo húmedo y resbaladizo. Eché a andar, no sé por qué, puede que en busca de alguna explicación racional que argumentara lo que había ocurrido. Anduve durante un largo rato por sinuosas calles, cada vez más largas a mi parecer, ya que me movía por calles cercanas a mi barrio, calles que conocía muy bien. Pasé por delante de infinidad de locales y negocios cerrados, destrozados, así como los edificios que alzaban a mi alrededor un muro infranqueable que no me permitía ver los destrozos que asolaban el largo camino que ante mí se desplegaba hasta Dios sabe cuánto. Hasta que por fin tropecé con un colegio aparentemente abandonado. Decidí entrar, aún no sé muy bien por qué. Solo sé que, al entrar y como por arte de magia, sentí como mi cuerpo se hacía cada vez más pequeño, y con una sensación cálida y agradable se apoderaba de mí él.

Volví a nacer. Al cruzar esas puertas, una cara que por un instante creí familiar, me dio un beso y se despidió de mí. Una bella mujer, de ojos azules y pelo negro como el carbón, de piel blanca como la nieve y ojos rojos color carmín, como las fresas. Una mujer que, por unos instantes, me cautivó por completo y nubló mis sentidos. Pero solo un breve instante, ya que, enseguida, me vi arrollado por un grupo de críos de mi misma estatura, todos chillando y llorando, chorreando mocos por doquier, algo que nunca soporté de un niño pequeño. Al llegar, la amable maestra me sentó al lado de una bonita niña, rubia, de ojos azules, que amistosamente me presentó y quiso saber

mi nombre.

Me crié junto a esa niña durante toda mi estancia en primaria, juntos crecimos, convivimos. Con el tiempo nos habíamos hecho amigos inseparables y ese sentimiento de amistad se convertiría en algo más que en un simple juego de compañía entre dos niños.

Finalizada la primaria y entrada la ESO, un caluroso día de verano, para ser más exactos un 26 de julio, mi padre recibió una llamada inesperada, algo que cambiaría radicalmente mi historia.

Mi madre, por causas desconocidas por el momento, había perdido la vida a manos de un hombre que aquel día decidió arrebatarse todos los recuerdos vividos y momentos futuros, una noche en el metro, cuando volvía del trabajo. En ese mismo instante, el mundo entero se me echó encima y no me abandonó ese triste sentimiento hasta bien entrados los dos años. Dos años en los que vagaba tristemente por las calles, sin un rumbo concreto, cruzando la mirada con varios desconocidos, demasiado atolondrados y ahogados en la monótona rutina para percatarse de mi desgracia. Yo, con orgullo e indiferencia, mostraba siempre una pose bien noble, siempre con la cabeza bien alta, pues así me lo inculcó mi madre, a andar siempre con cierta seguridad, para que así, las personas con pensamientos no del todo correctos... irónico, ¿verdad? La persona que me enseñó todo esto, quien alzaba ante todo la sabiduría sobre mis rivales, murió por no seguir este simple consejo.

Es curioso que aquello que más ignoramos, y con frecuencia olvidamos, pueda perderse en menos intervalo de tiempo que un simple parpadeo.

Mi madre murió y, con ella, toda mi protección ante cualquier ser o criatura que intentara hacerme daño porque sí, y quedé a solas con mi padre y mi hermano, pero como el amor y la sobreprotección que una madre tiene hacia sus hijos, no la tiene nadie. Pasado un tiempo y poco después de haber superado la depresión que en mí había habitado hasta días presentes, entré en el instituto.

Allí, una cara con aspecto de ángel y del todo familiar, se cruzó un 26 de septiembre por los pasillos del actual instituto donde estudiaba. Se trataba de la niña que, con tanto descaro y amabilidad, decidió presentarse ante mí el primer día de primaria. Pero, desgraciadamente, el corazón de la chica en cuestión, había sido robado por un chico llamado Ronald, un simple macarra que chuleaba a quien se cruzara en su camino, ya fueran compañeros, amigos, conocidos, incluso carecía de muestras de respeto ante profesores y superiores que impartían la enseñanza en aquel centro. Un terrible dolor en el pecho reinó sobre mí durante todo aquel día, un día en el que, por simples coincidencias y una serie de acontecimientos en la vida de mi enamorada, habían hecho que

acabara en manos de alguien que no merecía la pena.

Ese primer curso, al entrar un año más tarde debido a la terrible depresión que sufrí durante un largo período de tiempo por la muerte de mi madre, me encontré muy solo. Sentado en aquella mesa, en un lateral de la clase, junto a la ventana, donde vi pasar el frío invierno, que me congelaba la cara y cortaba mis labios. Poco a poco y sin darme cuenta, el paisaje cubierto por una nieve que, a simple vista, descansaba sobre la angustiada ciudad como una capa de hielo que, a medida que abastecía las por ahora peladas montañas, se convertía en algodón blanco que cubría por completo las notables irregularidades que, a mi parecer y dependiendo del día y de mi estado de ánimo, variaban proporcionalmente con ellos. Este paisaje se vio alterado con la llegada de las curiosas golondrinas. Una época que no pude disfrutar por completo ya que anduve bastante mal después de sufrir una paliza por el hasta ahora novio de mi amor de infancia.

Todo sucedió un miércoles por la tarde, en que un viejo amigo de primaria llamó a casa preguntando por mí. Una vez al teléfono, me informó de una reunión de antiguos alumnos de primaria que se había previsto para el viernes de esa misma semana.

Un viernes lluvioso, ya se sabe que en abril aguas mil, y ciñéndose al refranero popular, la primavera llegó con una tormenta que descargó toda su agua pocas horas antes de dar comienzo la fiesta. Fue una fiesta tranquila, sin mucho alboroto y con la música a un nivel aceptable, para no perturbar la paz de los vecinos que vivían en el mismo edificio donde estaba situado el local donde estábamos. Y allí estaba yo, con un vaso de plástico repleto de coca-cola que bebí rápidamente, ya que el débil recipiente que contenía mi bebida no paraba de flaquear a cada momento, como si fuera a romperse de un momento a otro.

La fiesta acabó antes de lo esperado, y con una hora de margen para que los padres de mi enamorada, de nombre Eli (nombre que hasta la fecha no recordaba con exactitud, y me había sido recordado recientemente por una amiga suya). Completamente empapados y atemorizados por el temporal, Eli y yo decidimos ir a mi casa, donde nos secaríamos y nos cambiaríamos de ropa. Llegado cierto punto de la tarde, me encontré en medio del salón, rodeando con mis brazos (ahora con un cierto temblor) a Eli. Al ritmo de una canción de rock estrenada recientemente, “Karma Chameleon”, bailamos durante un buen rato, riendo y sin parar de dar vueltas y piruetas por la habitación en la que nos encontrábamos. Pasado un rato, y clavando esos ojazos de gata en celo protegidos por unas pestañas con telarañas de terciopelo en mí, Eli y yo no quisimos ir retrasando más lo que sabíamos que iba a pasar.

Desperté al día siguiente encima de un banco, había vuelto a la realidad donde,

aparentemente en un par de horas, había vivido toda la niñez de alguien que se desvivía por otra personas y que, finalmente, consiguió recuperarla.

Llegué a una iglesia que se alzaba imponente ante mí, una obra arquitectónica que imponía una pose fuerte e infranqueable, exigía un respeto que, sin dudarlo ni un solo momento, nadie dudaría en dárselo. La iglesia estaba rodeada de siete gárgolas de aspecto tenebroso, todas despuntadas y desgastadas debido al paso del tiempo. Algo que me llamó notablemente la atención de ese lugar fue el color negro que predominaba en toda la fachada de la iglesia, sin tener en cuenta la tenebrosa luz verde que emanaba del lugar.

Decidí entrar, no sin antes echar la vista atrás durante unos instantes, ya que tenía la extraña sensación de que alguien llevaba rato siguiéndome, observándome mientras se ocultaba entre las ruinas de un antiguo edificio o detrás de algún árbol.

Al entrar pude ver una larga sala, rodeada de velas verdes que ambientaban el lugar. La lámpara no parecía destacar por nada a simple vista, lo que más me sorprendió de aquello fue que me vi de repente vestido con un traje de gala y zapatos negros bien encerados y brillantes que lucían como el reflejo de un rayo de luz en un cristal. Alcé la vista y, ante mí y de pie en el altar, una figura vestida con un traje de boda negro aguardaba inmóvil, a la espera del predecible marido que, dadas las circunstancias, todo indicaba que era yo.

Avancé poco a poco hacia el altar, aún no sé por qué, solo sé que hacia los bancos, en busca de alguien que mostrara signos de vida o de movimiento, y pude ver una especie de espejo que conformaba una de las paredes de aquel extraño lugar. Al prestar mayor atención al nuevo descubrimiento, pude ver cómo un grupo de personas aparentemente con vida, lloraban y se hundían frente a una tumba que, a mi parecer, aguardaba el cuerpo de una mujer que se asemejaba en cantidad a mi vieja amiga Eli, mi amada en la experiencia pasada hacía unos momentos. Pude ver cómo un hombre, junto a sus dos hijos, mantenía el tipo y se mantenía fuerte ante esta situación, dado que el hermano pequeño, no levantaba la vista del suelo, triste, abatido por la pérdida de su madre.

Una actitud que rompía su hermano mayor con un par de palmadas en la espalda que éste daba al crío en cuestión, para animarlo, demostrando que aunque su madre hubiese fallecido recientemente, él estaría junto a él, no hacían falta palabras, estaban más unidos que nunca, pero estaban solos. El ser más querido por el padre le había abandonado, y la mujer que más iba a querer a ese par de muchachos durante toda su vida, yacía inerte frente a ellos, esperando el día en el que convertirse en polvo, y así desvanecerse poco a poco junto con todos sus recuerdos.

Vista la escena presuntamente “reflejada” en el espejo, retomé mi camino hacia el altar donde aguardaba la mujer de velo negro. Y allí estaba yo, frente a ella, cara a cara, esperando algo o a alguien que nos hacía esperar a todos. Entonces, y como de la nada, el velo se alzó junto con la cabeza de la mujer que ante mí se encontraba, yo, no sé si por miedo o desconcierto, no me atreví a girar la cabeza hacia los bancos que descansaban detrás de mí. La tenebrosa figura que estaba ante mí dijo con voz rota y jadeante: “Sí, quiero”. En ese momento, levantó su velo con suavidad, dejando al descubierto una cara que, confirmando mis sospechas, me era del todo familiar. Eli, la muchacha con la que supuestamente compartí una aventura, se hallaba frente a mí, aguardando una respuesta. Tardé unos segundos en reaccionar y, empapado de sudor y con un notable temblor en todo mi cuerpo, dije un par de veces: “No, no”. Entonces, la misteriosa figura que se hallaba detrás de mí disfrutando de la escena, se levantó y, poco a poco y sin ningún tipo de prisa, avanzó hacia mí y hacia mi ahora rechazada esposa. Pero no le di tiempo a nada, arranqué a correr como nunca, dejando atrás todo aquel panorama, giré durante unos instantes la cabeza hacia el cristal y pude ver con claridad cómo todos los presentes en el otro lado clavaban su mirada hacia mi huida. Cuando me hallé fuera de la iglesia, un cuervo cayó a mis pies, y así, uno tras otro iban cayendo delante de mí desde un nido negro situado en lo alto del campanario de la iglesia. Poco a poco, varios cuervos empezaron a revolotear a mi alrededor, uno tras otro, y yo, desesperado, arranqué a correr, pero ya era demasiado tarde, me vi envuelto de un plumaje negro que, como por arte de magia, me aportaba una sensación de levitación, de que me iba volando... ¿hacia dónde? No lo sé.

Solo recuerdo que cuando abrí los ojos unos instantes después de pasar todo el revuelo, pude ver un techo blanco, con dos luces fluorescentes, una de ellas parpadeante, que apaciguaba el color blanco que predominaba en toda la habitación. Entonces, ante mí, se presentó una extraña figura vestida con una túnica negra y una hazada enorme. No la reconocí durante unos instantes, pero, tras unos segundos, dije con voz temblorosa: “¿Eres la muerte?”. La figura que ante mí se alzaba asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. En ese mismo instante, me percaté de mi estado en esos momentos. Con la boca seca y medio vacía debido a la falta de la mitad de mi dentadura, apenas pude gritar al ver todo mi cuerpo completamente envejecido, débil, arrugado. La figura que ante mí aguardaba con paciencia venía a buscarme para llevarme junto a ella. Yo, sin fuerzas para seguir luchando, dejé que me tomase y, antes de poner su mano sobre mi pecho, me susurró al oído: “Sé listo, Marc, él nunca se rinde”. Y, seguidamente, apoyó su mano en mi pecho, cosa que hizo que mi corazón dejara de latir, me sumergí en un profundo “flashback” y me vi llorando la muerte de mi mujer junto a mis dos hijos en una iglesia donde tuve tiempo suficiente para reflexionar sobre toda mi historia con ella, y nunca olvidaría aquel baile al son de una vieja canción de rock, que resucitó

en nosotros una tenue llama que, con el paso del tiempo y por personas ajenas, se había desvanecido hasta aquel día. También recordé el entierro de mi padre, que murió cuando apenas me había casado, dejándome junto con su recuerdo una vieja relojería situada en la plaza Mayor de la ciudad donde había residido, una ciudad que albergaba una serie de recuerdos hacia mi persona.

Desperté en un cementerio cubierto de niebla. Era de noche y solo reinaba el silencio, roto a ratos por el graznido de un cuervo desplumado. Frente a mí, una lápida vieja y desgastada, me sirvió de apoyo para mi posterior incorporación. Cuando alcé la vista, un siniestro niño aguardaba junto a mí, mirándome fijamente. Cabe resaltar que el muchacho, de tez muy clara (si no fuera por sus atolondrados cabellos negros juraría que era albino), estiró la mano para ayudar mi completa incorporación. Al coger su mano pude notarla fría, helada, y del todo pálida (como el peculiar muchacho que ante mí descansaba de pie). El niño, antes de que le agradeciera la ayuda, dijo: “Ven”. Y yo, sin saber por qué, le seguí sin pensármelo dos veces. Seguí al misterioso desconocido por diversas calles repletas de edificios destruidos hasta llegar a una pequeña casa que a duras penas se mantenía en pie.

Ya dentro de la vivienda pude ver cómo la pared estaba repleta de relojes de cuco de todas las formas y tamaños imaginables. Unos de pino, otros de roble, de sauce... Pero lo que más me sorprendió fue que era una casa simple pero muy confortable, hecha totalmente de madera, con un color marrón claro brillante por la capa de barniz que la bañaba. Al girarme, el niño se hallaba ante mí, inmóvil, y no dijo ni una sola palabra hasta que no tomé asiento en una pequeña silla de madera, con un asiento de paja gruesa que hacía la silla un tanto incómoda. Pero, detalles aparte, el niño se presentó. Decía ser un niño de la época de 1925, que había caído en la trampa de algo o alguien a quien llamaba “el extraño ser”. Me explicó su historia, y cómo esta criatura logró convencerle para entrar en su vida y ser el propietario del cuerpo que aquella pobre alma en pena había habitado. Me dijo que el ente estaba buscándome como un loco, ya que no le quedaba mucho tiempo, que ya sería suyo de no ser por la oportuna intervención de la dama de la guadaña aquella vez en la habitación de un hospital. Jorge, que así se llamaba el muchacho, me explicó que ese extraño ser es un tipo de alma maligna que, tras ser poseído en vida y morir posteriormente, vaga por los sueños de todos, buscando a alguien que pueda ofrecerle su cuerpo y su vitalidad para así seguir con sus fechorías en el mundo de los vivos. No obstante, cabe resaltar que Jorge me habló del sitio donde me hallaba: un espacio creado por el ente y manejable a su antojo, todo hecho al milímetro para tropezar con lo que él quiere que tropiece. Un espacio donde no estás ni vivo ni muerto, “muerto en vida”, esas fueron las palabras exactas de Jorge. Un mundo que se asemeja a un laberinto creado por este ser, sin ninguna salida aparente, todo hecho y estructurado para crearnos las ilusiones con las que pretende

robarnos. Fue entonces cuando decidí acabar con esto de una vez por todas y, convencido y sin dudarle ni un momento, decidí enfrentarme al extraño ser yo solo.

Pedí consejo a Jorge, puesto que él llevaba más tiempo que yo conviviendo con el ser, y resaltó que “le gusta en cantidad apostar”. A cambio de todo lo aportado, el muchacho me pidió tres favores, tres pequeños objetos prescindibles para que su alma fuera liberada y poder huir de ese horrible lugar, porque de no ser así, seguiría vagando por ese submundo eternamente.

Acepté de buen grado su petición, ya que me había servido de gran ayuda su inesperada aparición. Pregunté antes que nada de qué se trataba, cuáles eran los tres objetos que debía recuperar. Él contestó que lo que buscaba era nada más y nada menos que su corazón dividido en tres pedazos. Y que cada uno estaba escondido en una época de su vida, viniendo a ser las épocas en que el extraño ser nos mostraba, niñez, edad adulta y vejez. Debía encontrar los pedazos de un corazón en lugares donde ya había estado antes, y eso no me dejaba un buen sabor de boca.

Fui a reunirme con el ente, por lo que salí a buscarlo. Llegué a una plaza en la que no recordaba para nada haber estado nunca. Una plaza grande, amplia y en ella, un parque con pequeñas atracciones para los críos de corta edad, ahora oxidadas, sin indicios de futuros movimientos de arriba a abajo, un leve balanceo, ni siquiera un suave vaivén... nada, todo, incluso el lugar de ocio y recreo de nuestra niñez, se mostraba dormido ante mí. En el centro de la plaza y de imponente figura, se alzaba un monumento de mármol y piedra gris. Y, en lo alto, una maquiavélica figura delgada, despuntada y ajena (a simple vista) a este mundo, vestida con un esmoquin negro y un desgastado sombrero de copa, el extraño ser que ahora acaparaba toda mi atención y daba un leve soplo de esperanza a mi soledad, destacaba por sus afiladas garras que, al parecer, lucía con orgullo desde tiempos pasados. Al encontrarme en medio de la plaza, la figura levantó la cabeza y clavó su mirada gris (cual nubes cargadas de tormenta a punto de descargar toda su rabia sobre el suelo) sobre mí. Y, al verme, una inquietante sonrisa se dibujó bajo su puntiaguda nariz, una sonrisa repleta de afilados dientes como arpones de tiempos pasados, manchados de sangre debido a viejas encrucijadas con grandes criaturas marinas, protegían una larga lengua acabada en punta.

Y para mi asombro y desconcierto, el extraño ser se quedó mirándome, quieto, mudo, sin mover un solo dedo. Hasta el momento en que, con un gesto lento y elegante, bajó del monumento que poblaba el centro de la plaza, y emprendió un lento recorrido hacia mi ser. En ese momento, las fuerzas me abandonaron por unos segundos, hasta el momento en que un par de escasos metros separaban al extraño ser de mi persona. Al verme sonrió, y yo, asustado como nunca antes jamás en toda mi vida, expuse mi apuesta ante el monstruo que ante mí se alzaba. El ente, con una irónica

sonrisa, asintió con la cabeza, cosa que me aterrorizó aún más.

Y entonces todo se volvió negro. Aparecí en el punto de partida donde empieza mi relato. Solo que, esta vez, al bajar la calle, una aparente tranquilidad era gobernada por una abrumadora oscuridad, solo rota por la tenue luz de una gran luna que se había situado en medio del cielo nocturno que ahora podía ver. Avancé, supuse que la primera parada sería en el primer lugar donde mi depredador pasó toda su infancia. No obstante, en aquel momento me vi encarnado en un hombre de aspecto peligroso, barba de una semana que cubría mis mejillas hasta juntarse con una sucia y enmarañada melena castaña. Me encontraba en un lugar que hasta el momento desconocía. Seguía a una esbelta figura que, a a mi parecer, se asemejaba al cuerpo de una mujer. Mis intenciones eran claras, iba a por ella sin pensármelo dos veces. Cuando apenas dos metros escasos nos separaban, un gran destello rojo me cegó un breve instante. Supuse que ese breve pero intenso brillo era uno de los tres trozos del rompecabezas que el extraño ser había ocultado a lo largo de todos sus recuerdos. Avancé hacia ella, cada vez más rápido y, al darse la vuelta, el rostro de mi madre clavó su mirada en mí. El intenso brillo que anteriormente me había aturcido la vista, ahora era una tenue luz que emanaba de su pecho. Al dar un paso atrás pude notar cómo un objeto punzante aguardaba en uno de mis bolsillos, cada vez más pesado y caliente. Durante un instante, pensé en huir, pero eso no serviría para nada. Finalmente, agarré el arma blanca y, con un sentimiento de angustia y agobio, clavé un par de veces el cuchillo en el pecho de mi madre, notando así, cómo sus costillas se hacían añicos, cómo emanaba la roja sangre de todo su cuerpo y cómo el brillo de sus ojos cesaba. Estaba claro, el extraño ser me había encomendado la misión de sentir la pérdida de una madre, el mismo sentimiento que sintió él durante un largo periodo de su vida. “No caigas en su trampa”, me dije a mí mismo, pero no sirvió de nada. Tras coger un trozo de vidrio que cayó al suelo unos instantes después de mi cruel asesinato del ser que me dio la vida, me desmoroné frente al cuerpo ahora sin vida del ente que en esos momentos había adoptado la forma de mi madre.

No sabría con exactitud el tiempo que aguardé junto al cadáver, solo sé que tras escuchar el incesante goteo de sangre que emanaba del cuerpo, levanté la vista y me vi a las puertas de la iglesia donde anteriormente había tenido un percance con una novia inerte. Pero esta vez me hallaba en el otro lado del espejo, donde divisé una escena de dolor por parte de familiares y conocidos de una mujer, Eli. A medida que avanzaba por el largo pasillo, todos los presentes me daban su más sentido pésame por la terrible pérdida. Llegué a la segunda fila, donde cabizbajos y destrozados aguardaban mis dos hijos, que, al verme, prendieron la mirada que hasta hacía un momento estaba llena de lágrimas con sabor a dolor, rabia e impotencia. La misa fue del todo insoportable. En primer lugar,

me compadecía por la tristeza de mis dos descendientes, recién estrenados como huérfanos, ambos estaban solos, la vida les acababa de asestar un duro hachazo que, con el tiempo, lograrían llevar sobre sus espaldas. Quise entonces que el tiempo pasara rápido junto a ellos, quería una vida con esos dos chicos que el extraño ser había enviado para confundirme. Y lo estaba logrando, no pude evitar dejar resbalar una ligera lágrima, que corrió a toda prisa por mi mejilla hasta llegar a un mentón que, en ese momento, descansaba sobre mi pecho. En efecto, me sentía el protagonista de esa burda mentira, ingeniada por un ser por el que ahora cambiaría mi vida durante unos instantes, quizá un par de años como mucho, para vivir una vida repleta de emociones y ningún tipo de dolor ni preocupación.

De nuevo a mitad de la misa, un segundo destello rompió esa ilusión que el extraño ser me había hecho creer. Alcé la vista y, ante mí, en la pared con el espejo que daba a momentos pasados de mi aventura, pude verme a mí huyendo del altar, dejando a una novia sin vida de pie. Al localizar la procedencia del brillo, un extraño anillo lucía en el suelo y la novia, alzando la vista y levantando su mano izquierda con el dedo anular extendido aguardó inmóvil a mi llegada, que no tardó en suceder, ya que, al ver la escena y ansioso por terminar con esa horrible pesadilla, traspasé el cristal sin pensármelo dos veces hasta encontrarme frente a mi “futura esposa”, recogí el anillo y besando a la novia lo coloqué en su dedo, haciendo que, la piedra del anillo cayera al suelo formando un estridente tintineo que resonó en toda la sala. En ese momento la figura que recuerdo haber evitado al huir de la escena en tiempos pasados, se acercó a mí con paso oscilante, el extraño ser se hallaba frente a mí, estaba cabreado y, tras unos instantes en el que solo el latir de mi corazón rompía el silencio del lugar, el ente siniestro me asestó un golpe que me provocó la pérdida del conocimiento durante un intervalo de tiempo que desconozco.

Al recuperar el conocimiento me encontraba en la sala de un hospital donde la dama de la guadaña, que antes me había regalado una segunda oportunidad y el valioso consejo de no rendirme y advertirme de que el extraño ser no se rendiría fácilmente. Estaba allí, quieta, inmóvil, y al clavar mi mirada en la camilla que yacía vacía esperando mi cuerpo recostado en esta, asintió con la cabeza. En ese instante, un cálido pero ardiente resquemor emanaba de mi pecho. En efecto, el tercer pedazo del rompecabezas que había propuesto al extraño ser recuperar a cambio de mi libertad y la liberación de mi amigo se hallaba en mi interior.

En ese mismo instante lo comprendí, debía morir, debía asumir la decisión que en su día el extraño ser rechazó con rotundidad huyendo de su destino, cosa por la que fue condenado a vagar en los sueños de aquellos que posean mejor vida que éste. Debía morir por los dos, por él y por mí. Me recosté en la camilla e inhalando un soplo de inexistente aire fresco, cerré los ojos. En ese

mismo instante, una tenue luz pero que poco se volvía más intensa, hizo retroceder todo lo vivido aquella noche, hasta el momento en que sentía cómo caía al vacío. Llegó el momento en que una fuerte convulsión me hizo abrir los ojos. Estaba en mi habitación, sin duda. Todo estaba tranquilo, el punto donde había empezado todo, había por fin acabado. O eso creía, hasta que un leve pero constante “tic-tac” rompió el silencio de mi habitación. Cuando alcé la vista, pude ver a los pies de la cama y sentado sobre una silla al extraño ser. Allí estaba, quieto, frente a mí, y con una sonrisa que incitaba al miedo dijo con tono irónico: “Buenas noches, Marc”. Al oír esas palabras, un sentimiento de histeria se apoderó de mi persona, arrancando en mí una escena de locura, gritos y súplicas. Sentía que no iba a aguantar mucho más, que las fuerzas me abandonarían, un balanceo desesperado mezclado con una voz que me resultaba muy familiar me hicieron volver. Desperté, estaba en mi cuarto y, sentada junto a mí, mi madre. Y para mi asombro, unos instantes después de mi vuelta al mundo real, la alarma de un viejo despertador azul que llevaba años sin funcionar, empezó a sonar. Un sonido de un pequeño martillo resonando dentro de una lata rompió mi amanecer. Entonces paró y, al preguntarle a mi madre cuándo había arreglado ese viejo e inútil despertador, ella respondió que lo había encontrado encima de una silla, que en ese preciso instante descansaba a los pies de la cama. El reloj tenía una “J” en relieve que a primera vista parecía haber sido hecha recientemente.

Marc Prado Díaz

Institut Numància



VELADA PARA UN RECUERDO

En este instante, tan lleno de melancolía, ella está evocando una memoria. Se trata de un bello recuerdo proyectado en sus cansados párpados, uno de los recuerdos que preserva en el cajón de los más íntimos. Ella está evocando una memoria, allí, desde una silla, en un rincón de la sala, muy discreta y con las piernas bien juntas, procurando no hacer ningún ruido. No habla con nadie. Nadie habla con ella. En su rostro se traza tímidamente el gozo, mas es veterana la prudencia que reanuda el disimulo.

En sus recuerdos aún escucha el tictac del reloj de pared, siente el aroma de las sábanas de una cama para dos, escucha aquella voz, aquella que le susurraba palabras de pasión al oído, aquella voz empapada de profundo amor...

Abre los ojos. Se encuentra con este lugar. En este lugar está todo tan apagado... Se encuentra con toda esta gente, todos estos murmullos. Desde su rincón todo parece más grande. Es dulce la peste del café, alardea de su inevitable presencia en una reunión como esta. El café es verdugo de las realidades soñadas y que, por ser soñadas, aún consienten el sonar del tictac del reloj de pared... los suspiros... las manos del hombre que jugaba con sus cabellos... la voz que le susurraba: "Yo también te quiero, preciosa."

Su mirada se pierde tras morirse cada segundo. Ha empezado a observar. A su mirar los rostros de toda la gente se aclaran. Todo gesto de pronto es una revelación. En cada facción se leen viejas historias, y se inyecta en sus pupilas la consciencia... Los conoce a todos. Conoce a toda esta gente congregada en esta sala, en esta reunión... mas le sabe a ironía, cómo no, pues lo es cierto es que a ella nadie la conoce.

Como si dos fotografías se rozasen, un aroma conocido le invade la nariz. Estos rostros que ahora desfilan melancólicos frente a ella, una vez fueron los protagonistas de las tantísimas historias que él extraía de las páginas de sus viejos álbumes, donde todos ellos, inmortalizados en fotografías, coexistían en las memorias que él revivía para ella. Cuántas veces se acostó a su lado, para escuchar esas historias, para verle desenterrar con entusiasmo el tiempo que había dejado atrás. Ella le hacía tímidas preguntas, y cuando él le respondía, se dejaba abrazar por la tibieza de sus palabras.

Así, más allá, en esta sala, un hombre asiente repetidas veces con la cabeza. Con él habla una mujer que gesticula excesivamente. Se llama Roberto este hombre. Por supuesto, Roberto no sabe que, mientras asiente con la cabeza, mientras permanece de pie con las manos en los bolsillos, ella desde su rincón está observándole. Repara en sus rizos cenizos, en sus gafas que enmarcan sus pequeños ojos marrones, y en esa forma de pararse, esa forma de escuchar y de asentir. Una vez Roberto figuró en una historia detrás de una fotografía en la que posaba junto al hombre que los álbumes guardaba, posaba en aquella fotografía cuando aún eran jóvenes los dos, en los tiempos en que visitaban tantos clubes juntos. Ahora el tiempo ya ha pasado por él. En su rostro las arrugas y en su pelo las blanquecinas... Pero es verdad, piensa ella, que este hombre tiene una expresión somnolienta, que es simpático porque parece un buen hombre con tan sólo mirarlo. Pues así lo describía él con sus fotografías, y así era.

En otra esquina de la sala una mujer bufá el café. Conversa con alguien que debe de ser pariente o conocido. Su nombre es Priscila. El pelo teñido de marrón, los labios pintados de carmín, el rostro cubierto de polvorosa palidez, y la sonrisa, que no le ha cambiado nada, desde aquella fotografía en la que sostiene una copa de champán una nochevieja, guiñando un ojo y dejando ver su preciosa dentadura. Esa misma nochevieja, Priscila había anunciado en el brindis que esperaba su primer hijo.

Sin embargo, ella y su amado tenían la certeza de que Priscila engendraría el fruto de un amor que ya se había desvanecido... Es como él decía que era, ese rostro que siempre sabe encajar el dolor, que nunca una lágrima se asoma por sus ojos, ni tampoco se quiebra su voz al hablar, mas nunca se reserva esa sonrisa tan suya que la hace tan hermosa...

Mientras tanto, aquí, desde su rincón, observa a Roberto, a Priscila... y sigue siendo invisible...

No demasiado lejos, en un rincón similar al suyo, una mujer mayor se oprime los ojos. Moquea, juega nerviosamente con una cadenilla plateada enredada en los dedos. De vez en cuando se le acercan algunas personas, le susurran algo al oído, le cogen la mano y se la aprietan mirándola a los ojos, le dan un beso en la mejilla... ella se sonríe, como puede, y no dice nada. La fotografía en la cual esta mujer aparecía, que era atesorada por el hombre que los álbumes guardaba, la muestra en un día de verano, sentada con decencia sobre la arena en la playa. ¿La historia? Era la madre de aquel hombre. Su nombre es Raquel. En las historias, la que hoy es una señora triste, preparaba bocadillos de atún a media mañana y los guardaba en su bolsa de tela junto a galletas y agua. Rebosaba de juventud. Preparaba la sombrilla y con su hijo montaba en el autobús que los llevaba hasta la playa. Sólo él y ella. En las historias Raquel miraba correr y saltar a su hijo a la orilla del mar y en aquellos momentos, el calor y la brisa silenciaban el taladro de las deudas... los miedos... los desamores... y su vida tenía un sentido. Es como él decía que era... pequeña, encorvada, con su porte de bondad y nobleza de mujer trabajadora, de mujer que siempre ha callado y sufrido en silencio. De una mujer que ha amado a su hijo más que a su propia vida.

Finalmente, sus ojos la llevan hasta donde es inevitable mirar, se le llenan de dolor, su alma vuelve a quebrarse lentamente, igual que cuando tuvo la primera certeza de su ausencia. Su mirada ha llegado hasta allí adonde es inevitable mirar, del otro lado de la sala, pasando por toda la gente, por sus cafés, por las murmuradas conversaciones, pasando por las miradas clavadas en el suelo, los sollozos, los lamentos, pasando por encima de todo aquello... lo que es inevitable mirar...

Reluciente, la superficie de madera refleja la potente luz del reflector, la madera es bordeada por querubines tallados para con el más profundo desamparo de su ocasión. En su interior, dentro de sus cuatro paredes de madera, yace entre sedosas telas el cuerpo sin vida del hombre que guardaba sus recuerdos en fotos de un álbum viejo. El hombre que relató innumerables historias para ella, con aquella voz empapada de profundo amor...

Y el llanto se apodera de ella. Se seca las lágrimas con un pañuelo, no puede contener el sollozo. Su delicada espalda tiembla con cada gimoteo y sus cejas se curvan para comunicar la profunda tristeza que la invade. Tantas memorias le queman el corazón. Este lugar que ella ocupa en esta reunión, este lugar, este rincón, esta sala, lo ocupa solamente porque es su gran amor quien ha muerto... Y nadie lo sabe...

—Y ella... ¿quién es? -preguntó ella mientras a los pies de la cama miraban las fotos.

—Es mi madre... —dijo él con una sonrisa en el rostro—. Aquí habíamos ido a la playa... mi madre siempre me llevaba los domingos de julio, preparaba bocadillos, compraba galletas y nos íbamos los dos. Ella no sabe nadar... pero no hay otra cosa que le guste más que sentarse en la arena y tomar el sol...

Se adivina en su sonrisa que se siente conmovida.

—Es muy guapa... ¿Cómo se llama?

—Se llama Raquel...

Se le escapa el aire por la boca en un sollozo, y una lágrima se desliza por su rostro con el recuerdo de aquella historia. Escucha cómo reían, percibe sus labios, sus labios que se encuentran con los suyos, a los pies de la cama... En sus hombros, mientras está aquí sentada, siente las manos de su amado acariciándola... y el tacto de esa memoria es amargo, mortífero, pero no puede ser más grande su añoranza...

—Te quiero... te quiero...

—Yo también te quiero, preciosa.

No por amarlo con locura se apagaba el fuego de su secreta frustración, era latente en su cabeza cada vez que lo veía. Se cuestionaba para sus adentros si acaso era ella la culpable de que su amor, aun siendo descomunal y apasionado, siempre permaneciera oculto del reconocimiento de otros que no fueran él y ella. Al filo de sus noches solitarias, su razón le imploraba firmeza, pero

para ella lo más importante era estar con él y que él estuviera con ella. Su razón quedaba acallada. Para ella lo más importante era escuchar sus historias, sentir su respiración en el cuello, escucharle saborear palabras en su oído, sentir el aroma de su loción, percibir su aliento perfumado con menta y tabaco, el olor a sábanas de una cama para dos... el reloj de pared marcando las once... y su chaqueta colgada en la silla...

No obstante, tarde o temprano volvía a aparecérsese tal razón... y se preguntaba... ¿Acaso hablarán de ella todos esos rostros en las fotografías de su amado?

Ojalá de su amor solamente quedase un indicio flotando en el aire, como el rastro de un perfume, que amenazara con desvanecerse por completo de un momento a otro... mas lo cierto es que es una tenaz llama que se resiste a la extinción.

Ha llegado pues el momento. Se arma de valor, se levanta de su silla, se desencadena del rincón en donde es invisible, seca sus lágrimas y camina hasta él. Camina hasta él... En tanto que atraviesa la sala, arrastra los pasos, siente las miradas que la examinan con extrañeza y parece tan largo el camino... Al mismo tiempo que ella les reconoce, a ella la miran como a la mayor de las desconocidas. Las lágrimas le bañan las mejillas. Algún murmullo se escucha entre la gente... “¿Quién es ella? ¿Quién es?”... Cuenta sus pasos en el parqué, sin precipitarse... y, paso a paso, se apagan los murmullos, poco a poco, se oscurecen los rostros, en silencio, se desvanecen las corbatas, los velos, las faldas... desaparecen todos... se rasga el tiempo...

Cuenta sus pasos en el pavimento... sin precipitarse... y, paso a paso, siente el aire frío de invierno en sus mejillas, poco a poco, vuelve a ser aquella mañana en la plaza, en silencio, camina hasta él que aguarda de pie, camina hasta él... palomas ansiosas le rodean los pies, y ya desde que se reconocen a lo lejos, sonríe uno para el otro. Ya casi llega, casi lo alcanza... y el frío, y la plaza... y el café, y la sala... se alza el manto de palomas y el brillo de la madera nubla el recuerdo... ha llegado. Posa su mano sobre la superficie, la desliza con suavidad, siente el frío de la madera... cierra los ojos... es a él a quien acaricia, lo tiene delante, su rostro, sus manos, su pelo... sólo por unos segundos, apenas unos segundos, allí bajo la potente luz, la coge de la mano, todos observan, la besa por última vez...

—Si un día me faltas o yo te falto... —le dijo una madrugada— no deberás olvidarte, mi amor, de que yo ya he encontrado un sitio aquí en tu corazón. Aquí mismo estaré siempre que tú me sigas albergando... y he de decirte, preciosa, que nunca había visto un vestíbulo tan hermoso... — soltó una risa atada a un beso.

Inmóvil frente al ataúd, le vuelve la consciencia, se siente mareada. Nadie está observando. Todos han vuelto a sus murmuradas conversaciones y a sus cafés. Aunque la sala ya no parece grandísima, el silencio es estrepitoso y le es cada vez más indudable la realidad. Se apaga la intensidad de sus memorias... Sus ojos están hinchados, su voz aún está rota, de su nariz gotea la tristeza. Comprende que ha llegado el momento de marcharse de esta reunión. Se lleva las historias, las memorias de las fotografías, la historia del amor de su vida... la ironía... y nadie nunca sabrá cuán grandioso fue, nadie nunca sabrá cuánto ella lo quería y cuánto él la quería a ella...

Se vuelve y se queda quieta. Temerosa, da un primer paso. Resignada, camina de vuelta hacia la soledad. Se dirige hasta la salida, se dirige al final de esta velada. Nadie la ve mientras se aleja. Su alma se siente desdichada... para su vida no hay ya un sentido.

* * *

Cuando hubo llegado hasta a la pequeña puerta que conducía al pasillo de salida, ocurrió algo que lo cambió todo. Al cruzar el umbral de la pequeña puerta, en medio de su desdicha, en el contraluz del final del pasillo se dibujó tras ella la silueta de una mujer, pequeñita, encorvada. Una silueta con porte de bondad y nobleza de mujer trabajadora, de una mujer que siempre ha callado y sufrido en silencio... Tenía algo que decirle a ella que abandonaba tan deshecha aquel lugar, que dejaba atrás sus recuerdos, que dejaba atrás a su amado y la historia que creía tan desconocida.

La tocó por la espalda con suavidad para anunciarle su presencia. Ella se volvió rápidamente y, por un instante, fue incapaz de reconocer que tenía a una persona delante. El rostro se le quedó atónito cuando fue evidente de quién se trataba. Con una apacible sonrisa y rastros de lágrimas en los ojos, Raquel, la madre de su amado, la cogió de la mano y, repitiendo aquel ritual, la apretó con fuerza mirándola a los ojos con ternura y sin palabras le dijo: “Sé quién eres.” En ese momento se le olvidó cómo hablar, pues era inútil para expresar lo que sentía, sólo las lágrimas que le habían vuelto de súbito podían reflejar su emoción. No acababa de creerse que tal reconocimiento le hubiese llegado así sin más... Entonces Raquel sacó de su delgado suéter negro de lana un cuadradito de papel. Protegiéndolo con su mano, la miró a ella primero, y luego se lo ofreció para hacerle saber lo que hasta ese momento había ignorado... cogió con la mano temblorosa el cuadradito de papel... y era lo que parecía ser.

Ante sus ojos, una vieja fotografía suya. En ella, sonreía con una vitalidad tan absorbente que cualquiera que viera aquella imagen desearía sonreír también. Se la había regalado hace muchos años a su amado, y ya ni siquiera se acordaba de cuándo ni por qué fue. Miró a la madre, y esta volvió a sonreírle. Ella no lo sabía, que cuando junto al ataúd había recordado a su amado, cuando se enfilaba hacia la puerta para salir de la sala, desde su silla, en otro rincón, Raquel la había visto por primera vez en persona. Y pensó que era verdad, que tiene una expresión de dulzura incomparable, que es tan bella como la perfecta armonía de dos notas amantes, pues así la describía él... y así era.

Su corazón comenzó a latir tan rápido que casi no quedaba tristeza. Acababa de ser iluminado su mundo con la manifestación de la verdad que desconocía, pero que tanto había anhelado. Se miraron por un instante y ambas se dieron un abrazo. Sin más, Raquel dio media vuelta y volvió a la velada. No se dijeron nada y se dijeron todo a su vez... Vio desaparecer su figura delicada por el umbral de la puerta y sintió la más inmensa gratitud.

Se encontró con una inesperada y apacible soledad en aquel pasillo. Se encontró consigo misma. Observó con detalle la fotografía. La contempló detenidamente... Se preguntó por la historia detrás de ella, imaginó de qué forma debía él de contarla, se preguntó mil cosas y en el mismo segundo que tantas dudas brotaron de sus pensamientos, todo dejó de importar. Su dolor se apagó poco a poco y lentamente fue sustituyéndose por una dulce sensación de calor... aquella era la última caricia...

En este instante, tan lleno de placidez, ella está evocando una memoria. Se trata de un bello recuerdo que se proyecta en sus párpados, uno de los recuerdos que preserva en el cajón de aquellos que son muy íntimos. En su rostro se traza vigorosamente la satisfacción. Vuelve a escucharse el tictac del reloj de pared, se siente el aroma de las sábanas de una cama para dos, se escucha el sonido de dos fotografías rozándose, se escucha una voz susurrando palabras de pasión al oído... una voz empapada de profundo amor.

David S. Murga
Institut Puig Castellar



ENTRE LAS SOMBRAS

El mundo comenzó a adquirir una perfección irreal justo el día en que Lucy perdió los sentidos por él. Era como si perdiese la cordura cada vez que la miraba, como si Jacob le hubiese tomado el corazón prestado para no devolvérselo jamás. Todo eran sensaciones casi mágicas, como si dentro de ambos solo hubiera fuego, luz y suspiros. Amor. Un sentimiento que te lleva casi hasta el delirio, algo abstracto, indescriptible, pero también te puede hacer capaz incluso de matar o morir por alguien.

Después de tres años maravillosos, por fin, Lucy y Jacob contrajeron matrimonio y su pequeño mundo se tiñó todavía de colores más alegres e intensos. Ya no existía nada que pudiera nublar sus vidas. Todo era demasiado perfecto. Era tan tentador para el ángel negro de la muerte cortar el hilo de una de sus vidas... era casi como matar a dos personas con una sola pérdida. Es curioso cómo la misma crueldad de la vida arranca de tus brazos lo que más podías amar. El universo de Lucy se derrumbó.

Un funesto y terrible accidente le arrebató a Jacob, como si el frío aliento de la muerte hubiese estado esperando para llevárselo de su única vida. El día que el corazón de Jacob dejó de latir, la mano gélida del dolor se apoderó del alma de Lucy, sintiendo una punzada a cada latido, dentro de ella ya solo había una lluvia permanente.

Era injusto. Se dice que la vida es injusta pero la muerte además de eso es cruel, despiadada,

egoísta. Aquella vez mató dos pájaros de un tiro. La realidad de Lucy se volvió gris, lánguida y sumida en una profunda melancolía. ¿Existe algo comparable a perder a alguien para siempre? Eso significaba no percibir nunca más su existencia. Lucy había deseado que su propia vida hubiera terminado en lugar de la de Jacob. Eso permanece fuera de nuestro alcance, nadie tiene el privilegio de elegir algo tan frágil. Todas las noches Lucy se deshacía en lágrimas por el amargo recuerdo de su amado, que tantas veces había resultado tan extrañamente dulce en sus sueños y pensamientos. Las pocas veces que el sueño acudía, la joven tenía la extraña e imposible sensación de no estar del todo sola, en una compañía extremadamente sutil. Quizá las ganas de darse la vuelta y notar el cuerpo de Jacob durmiendo plácidamente a su lado habían comenzado a traicionar a su mente... o quizá no. Lo único cierto es que la parte que ocupaba su esposo siempre estaba dolorosamente vacía... ¿pero habría algo más? Parecía que esa sensación inexplicable se incrementaba cada noche. Era como si el sexto sentido de Lucy la avisara de una presencia extraña en su habitación, algo apenas comparable cuando hay alguien detrás de ti y de algún modo eres capaz de detectarlo.

Pasó el tiempo, hacía ya tres meses de aquel día fúnebre, pero cuando todo se hallaba sumido en la profunda oscuridad, en la quietud del mundo, Lucy seguía sintiendo lo mismo. Algunas veces incluso juraría que al girarse bruscamente por la necesidad de ver si había algo tras de ella, sus ojos notaron un diminuto movimiento en la negrura de su cuarto. Entonces un ambiente helado cubría la habitación como un manto de nieve. Lucy se deslizaba debajo de las sábanas, deliciosamente cálidas. Y al cabo de unos segundos, fuese lo que fuese, desaparecía. Ella lo notaba cuando la temperatura volvía a la normalidad y cuando de la manera más misteriosa, esa sensación desaparecía tan de repente como llegaba todas las noches. Y no regresaba hasta que volvía a ponerse el sol. Sin saber por qué, Lucy nunca llegó a temer totalmente a aquella presencia, solo la inquietaba al principio pero al acostumbrarse la hacía sentir más tranquila, la ayudaba a conciliar un sueño libre de pesadillas. Se sentía protegida, como cuando escuchaba la débil respiración de Jacob. Lucy jamás contó nada de lo que ocurrió y si lo hubiese contado, ¿alguien la habría creído? No. Todos lo habrían tomado por los delirios de una viuda a la que el sufrimiento la había hecho perder la cordura. Incluso ella misma a veces pensaba que todo era producto de su mente, que quizá el dolor y la tristeza la habían llegado a trastornar. Qué equivocada estaba. Todo era mucho más real de lo que Lucy imaginaba. Mucho más. A menudo las cosas más reales son las que no podemos ver... las que no se dejan ver.

Todo ocurrió aquella noche. Cuando la oscuridad más densa se cernía amenazadora sobre los tejados de las casas y se filtraba por la ventana de la habitación de Lucy. El resplandor pálido de la luna debía de estar escondido tras jirones de nubes oscuras que no se distinguían en la noche. Todo el lugar descansaba en un silencio espesísimo, el grillo que cantaba en la nocturnidad también

callaba. Lucy apenas escuchaba su propia respiración. Quizá ese silencio fue el grito que profirió el mundo al presentir lo que iba a suceder. Desde la ventana se podían distinguir en la lejanía las copas de los árboles del bosque que se situaba entre las colinas circundantes. Lucy observaba desde su almohada la lejana arboleda. Desde que se mudó a aquel pueblo rural, ese bosque siempre la había atraído pero jamás se había aventurado a penetrar en él. Incluso de día parecía abandonado y misterioso, pero por las noches adoptaba un aspecto tétrico incluso mirándolo desde aquella ventana. Aun así, era su parte favorita del paisaje que se divisaba. Según una leyenda estúpida del pueblo, ese era el que llamaban El Bosque de Las Almas y contaban un sinfín de historias absurdas sobre fantasmas que deambulaban por ese lugar. Historias seguramente inventadas por los lugareños para atraer turistas. Al fin y al cabo solo era un simple bosque perdido.

Lucy se durmió contando las luciérnagas que se habían quedado atrapadas en el techo de la noche. Desde su almohada podía contemplar un pedazo del firmamento. Allí las estrellas eran como ojos helados que titilaban en su silencio eterno. Esta vez ni siquiera había estado observando un rato las sombras que danzaban en el techo de su habitación hasta que sus párpados se rendían. Los brazos del sueño, un sueño letárgico, abrazaban a Lucy plácidamente. Antes había notado más fuerte que nunca la enigmática presencia que le daba una inverosímil sensación de protección, tanto que incluso juró que la oscuridad se había movido. Si algo sabía sobre ella era que siempre se hallaba entre las sombras. Lucy se sumió en un sueño extraño, era casi como inconsciencia. Era incapaz de moverse, como si nada existiese durante un tiempo. Se sentía exhausta, apenas sentía su propio cuerpo, todo era como si flotase en una nube. Sus sentidos se negaban a responder. Lo único que apenas notó fue unos extraños brazos sutiles como el viento que la rodeaban, sintió calidez, era como si esa fuerza invisible la hiciese levitar. Era una fuerza cada vez más palpable, era un cuerpo de aire cálido con una piel de oscuridad. Antes de despertar, escuchó el crujir de las hojas, susurrar el rumor del viento y de repente el frío comenzaba a morder su piel frágil. Fue justo entonces cuando su sexto sentido la alarmó, ya no estaba tendida sobre su cama. Despertó de un sobresalto, como si alguien la hubiese pellizcado.

El Bosque de Las Almas. Una sensación terrible de irrealidad se apoderó de su ser. ¿Qué había pasado? ¿Se había vuelto sonámbula justo esa noche? No, imposible. De haber sido así tendría sus pies descalzos manchados de tierra y doloridos de haber caminado tanto, pero estaban en perfecto estado.

El bosque estaba sumido en las tinieblas. Los árboles desnudos se alzaban mucho más altos de lo que habría imaginado. Todos ellos se asemejaban extrañamente a formas humanas, tan siniestros que parecían gigantes petrificados. De sus ramas delgadas no pendía ni una hoja. En el triste suelo no había bonitas briznas de hierba, solo algún hierbajo salvaje. Aquel páramo parecía no

haber albergado vida jamás. En el neblinoso bosque el negror se acumulaba entre los árboles inmóviles. Cuánto echaba de menos Lucy sentir el beso frío de los rayos plateados de la luna en su piel. Un poco de claridad habría sido tan tranquilizador. Era demasiado fácil perderse en ese bosque. Aquel lugar le causaba tanto pavor que hasta temblaba. El viento gélido también hacía tiritar sus costillas, pero era el miedo lo que la paralizaba. Intentó pensar, no podía quedarse quieta. ¿Pero cómo saber hacia dónde ir? Lo peor de todo era no saber como había llegado hasta ese lugar. Pero ahora su prioridad era salir de él. Intentaba no pensar en la cantidad de animales salvajes que seguramente merodeaban por allí y en el intenso pánico que circulaba por sus venas incansablemente. El viento cesó. Dejando al bosque en un sopor casi irreal. Alzó la vista, un pedazo de cielo se vislumbraba entre los altísimos árboles con sus ramas muertas. Era un cielo completamente negro, de noche cerrada. Lucy escudriñó las sombras que la rodeaban, atentamente, en todas direcciones. Nada. Estaba sola, o al menos creía estarlo. Empezó a caminar hacia algún lugar, con el ruido de sus pasos como compañero. No sabía hacia donde se dirigía, pero a fuerza de caminar acabaría saliendo de ese bosque. Tenía que tener un fin. A pesar de la niebla, Lucy tenía la sensación de que aquel bosque debía extenderse hasta donde la vista alcanzara. Apenas había recorrido cien metros cuando de súbito, el sonido de una rama al ser pisada irrumpió como un estruendo en mitad del silencio. Miró hacia el suelo, pero no, a sus pies solo había unas pequeñas hierbas silvestres. Inmediatamente, miró en derredor, conteniendo el aliento. Sintióse como una presa débil acechada por una fiera sigilosa, como un corzo, por un cazador que esperaba pacientemente el momento para atacar. Entonces lo vio.

Una mancha negra que buscaba refugio en los velos negros de la noche. Era como una sombra más oscura que las demás, una silueta negra difuminada por la niebla. Un desagradable escalofrío recorrió la espalda de Lucy, deslizándose perezosamente por cada una de sus vértebras. No lo pensó, echó a correr con la imagen de esa figura persiguiéndola, aleteando todavía en sus párpados. Corrió y corrió, pensando que tenía a la misma muerte que se llevó a Jacob tras sus talones. Lucy no acertaría a decir cuanto tiempo continuó la desesperada carrera. Se detuvo cuando un dolor taladró su estómago y sus pies doloridos no aguantaban ya ni un paso más. El corazón latiéndole en las sienes y notando cómo sus pulmones ardían. Perdía la fuerza en las piernas, hasta que se desplomó sobre sus rodillas. Ojalá todo fuese una pesadilla y que al pellizcarse se despertara empapada en sudor frío exaltada por el miedo. La niebla se había dispersado y aunque Lucy no se percatase, una luna fina como un hilo de plata pendía del firmamento. La salida del Bosque de Las Almas ya no podía estar muy lejos. Sin embargo, sus piernas se negaban a responder. Volvió a observar poniendo los cinco sentidos, y lo notaba. Esa sensación de compañía que nunca la abandonaba seguía anidando en su interior. Esa presencia debió ser siempre aquella extraña silueta

hecha de negrura y alientos de las tinieblas. Aquella había sido la primera vez que había sentido tal pánico al sentirlo cerca. También era la primera que lograba apenas distinguirlo de entre las protectoras telas negras de la nocturnidad. Era una figura que recordaba la forma humana, aunque no lo pudo ver con claridad. Estaba lejos, y la oscuridad con la niebla jugaban en su contra.

Intentó incorporarse pero todavía sus fuerzas flaqueaban. Definitivamente, el bosque ya no la atraería desde su ventana nunca más, o eso fue lo que se juró a sí misma. Aún hiperventilaba debido al esfuerzo extremo que había hecho. Lucy escrutaba el maléfico bosque a cada segundo que pasaba, como si esperase algo. Efectivamente, sucedió.

Algo casi imperceptible se deslizaba de sombra en sombra entre los árboles. Enseguida ocultó su oscuro cuerpo tras uno, haciéndose invisible a los ojos de la joven. Sintió como la furia le ascendía desde los talones a la cabeza. No lo soportaba más. Deseaba verlo. Ni ella misma podía explicar cómo lo que antes le había causado tanto pavor ahora la atraía como momentos antes le había atraído el bosque desde su ventana. Seguramente ese ser la trajo hasta allí de un modo que no alcanzaba a comprender y ahora la seguía como un perro guardián... Fuese lo que fuese, no se atrevía a salir. ¿Tendría miedo a que Lucy reaccionase de la misma manera? Debería ser ella la que tenía que estar muerta de miedo porque la perseguía una especie de espectro. No podía esperar más.

—¡Déjate ver! —gritó, desgarrando su garganta, provocando dolor en sus cuerdas vocales que eran culpables de su dulce voz.

Las palabras salidas de sus labios resonaron por todo el bosque y se alargaron en un eco casi interminable, como si un coro de repetitivas voces hubiesen estado esperando aquel momento. El bosque pareció escucharla y en respuesta algunos árboles se agitaron. Nada. Si seguía en su escondrijo, la sombra no se había movido. Debía de seguir allí, pues Lucy apenas parpadeó, vigilando a su furtivo acompañante. Rendida, Lucy se dejó caer completamente sobre el suelo, dejando de estar de rodillas. Estaba tumbada, encogida sobre sí misma, como un ovillo. Ya no sabía que hacer. Antes de cerrar los ojos contempló, horrorizada, que los pies le sangraban. No había sido buena idea correr por aquel lugar descalza, sin piedad con su propio cuerpo, solo pensando en huir. Los párpados le cayeron como pesadas persianas. Por un momento le embriagó la sensación de que si volvía a abrirlos estaría sobre el lecho de su habitación, como si nada hubiese sucedido. Al cabo de unos segundos, empezó a sentirlo cerca. No se escuchaba nada pero lo percibía. Esa silueta se acercaba a ella, tan imperceptible como una brisa estival. Su cercanía, cálida, lo sentía como si unos lazos invisibles los unieran. Amaba esa sensación, era tan similar a cuando Jacob le acariciaba la frente cuando la fiebre, como un mal ferviente, invadía su delicado cuerpo. En esos momentos, Lucy solo quería que él estuviera a su lado, pasando las noches en vela aferrándola de la mano y cuidándola sin descanso, justo como Jacob siempre hacía. Era lo único que podía calmar su temblor

febril, el ardor en sus sienes, la fiebre que helaba su frágil flor de sangre.

Estaba ahí, la sombra, el ser, seguramente a pocos centímetros de su piel. No se atrevía a moverse, contuvo incluso la respiración por unos instantes. No, esta vez no eran delirios, lo notaba, lo sentía. Aunque no sabía cómo. Era algo de tal fragilidad que se escapaba de sus cinco sentidos. Solo se podía percibir desde dentro, como las extrañas conexiones entre gemelos. Su cuerpo temblaba de pura excitación, de inquietud. La sangre corría por sus venas a la velocidad de la luz. Y de repente una idea estalló en su mente como un palpito en el corazón. Jacob. Como si unos labios invisibles le estuvieran susurrando ese nombre al oído, no hacía más que pensar en él. Abrió los ojos.

La figura se esfumó al instante como si estuviera hecha de humo negrozco. Reapareció más lejos, a unos diez metros de la joven estirando mucho. Apenas logró ver antes de que desapareciera que, en efecto, se encontraba junto a ella. Muy cerca, tanto que sus oscuros brazos casi la rozaban.

El corazón le dio un vertiginoso vuelco. Todo lo que había sucedido pasó ante sus confundidos ojos. Imposible. La sombra era una perfecta silueta humana, más negra que una noche sin luna. Sin ojos, lo único que se podía distinguir en su rostro era la nariz. Era la figura calcada de un cuerpo masculino, atlético y joven. Incluso los cabellos hechos con sombras eran perfectamente idénticos. Era como si alguien hubiese hecho una copia exacta de Jacob con una tinta mágica que daba la vida. Lucy se llevó los dedos a los labios, jamás había sentido tal cúmulo de emociones. Creyó que iba a desmayarse, pero el hecho de su presencia le transmitió fuerzas.

Se mantenía allí, inmóvil, con sus ojos inexistentes clavados en Lucy. Ella hacía un esfuerzo inhumano por no estallar de locura. Cuando creyó calmarse lo más mínimo, en vano, Lucy intentó incorporarse. La sangrante herida de sus pies todavía flameaba, rabiosa. Su rostro se deformó por el dolor y volvió a caer en el suelo. En ese momento la silueta de Jacob avanzó hacia ella un paso, inconscientemente. Lucy de manera involuntaria dio un respingo. Inmediatamente se detuvo. Habría dado lo que fuese por levantarse y correr hacia Jacob, ella sabía que era él. Su propio cuerpo no le permitía hacer tal cosa. No había cosa en el mundo en aquel instante que desease más que tenerlo cerca. Entonces, con la delicadeza de sus movimientos, alargó el brazo hacia él, intentando que comprendiese sus pensamientos. La sombra, indecisa, empezó a ir hacia Lucy, de una manera irreal, casi levitando y con unos movimientos extremadamente suaves. Muy lentamente, se acercaba cada vez más y más. Lucy comenzó a notar como el corazón se le aceleraba, latiendo tan fuerte que incluso le dolía el pecho. Ajena a todo aquello, la luna ya casi estaba por la mitad deslumbrando pálidamente el bosque. El oscuro Jacob ya estaba a su lado. Su corazón, aún más desbocado, gritaba con unos golpes sordos tan intensos que temía que él los escuchase. A corta distancia era aun más impresionante. Parecía el espíritu de la noche con forma humana. La forma de Jacob. Su semblante

era como el resto de su cuerpo, solo se distinguían los contornos, las formas de un rostro que un día fue esculpido por ángeles. Lucy habría dado tanto por volver a ver vivos sus ojos de zafiro, la perfección de sus rasgos... pero ese deseo no se le concedió. Ahora la luz de la luna lo acariciaba y se podían distinguir incluso sus labios, que tantas veces se habían deslizado sobre los suyos. La joven lo contemplaba desde abajo, sentada en el frío suelo. Él le devolvía la mirada y sus labios empezaron a moverse, profiriendo susurros casi inaudibles. Eran palabras extrañas como pronunciadas en otro idioma. Lucy se esforzaba por entenderlo, agudizó el oído al máximo pero era incomprendible. Volvió a hacerse el silencio. Entonces, delicadamente, Jacob se arrodilló a su lado. Todavía más cerca. Lucy respiraba con dificultad, al borde del desvanecimiento. Había soñado tantas veces con volver a verlo, lo quería tanto que no podía creerlo.

Lucy se inclinó hacia Jacob y él, preso del amor, alzó su negra mano y cuando estaba a punto de acariciar su sien, se detuvo, como si no se atreviese ni a pensarlo. Las lágrimas perlaron las mejillas de Lucy, lo había amado tanto que era imposible contener su felicidad. Entonces Lucy se aferró fuertemente a su cuerpo negro como boca de lobo. Lo abrazó como si en cualquier momento fuese a desvanecerse, como si la mortífera dama negra fuese a llevárselo de nuevo para siempre. Pero Jacob siguió allí. Su cuerpo gélido tenía un tacto impropio de la piel humana. Era un tacto embriagador, suave, corpóreo y frágil al mismo tiempo, algo no perteneciente al mundo que conocemos. Después, Jacob miró hacia al cielo, divisando una luna casi esférica a la que le faltaba un diminuto pedazo de plata. Lucy siguió su mirada y descubrió el mismo astro que momentos antes había sido una raja pálida en forma de sonrisa. Apenas se sorprendió, solo le importaba Jacob. Él se acercó a su oído y empezó a susurrarle de nuevo. Esta vez pudo comprenderlas.

—Lucy... —qué dulce sonaba su nombre— no sufrirás más... me quedaré contigo —su voz se parecía al rumor del viento—. Renunciaré para quedarme a tu lado... durante toda tu larga vida —besó su sien—. Debes vivir... disfrutar todo lo que yo no pude. Debes ser feliz, mi Lucy —le quitó las lágrimas de las mejillas con una caricia.

Las voz de Jacob era como miel en los labios. Siempre lo había sido, pero ahora parecía provenir de otro mundo. Sus palabras se perdieron en su oído como si el viento las arrastrase. Ella intentó responder pero nada logró fluir de su boca. Un nudo en la garganta. Lo miró y pasó la mano por la faz del joven. Éste sonrió. Renunciar... iba a renunciar por ella... ¿pero a qué? Pensó en lo que Jacob iba a hacer. Se quedaría junto a ella, en un mundo al que no pertenecía, en el que no debería estar. Maldita muerte. Se interponía entre ellos como un muro impenetrable. No podía hacerle eso a Jacob. Lo iba a condenar a vagar por el reino de los vivos como una alma en pena. Debía de ser valiente. Vivir sin él. Amaba a Jacob pero no se imaginaba el resto de su vida escoltada por un fantasma oscuro, cansado a lo largo de los años, castigado por su culpa. Sería un calvario para el

alma de Jacob. Cuando Lucy falleciese, su espíritu descansaría pero el de él seguiría condenado por toda la eternidad a quedarse en el mundo de gente que respira y cuyos corazones bombean sangre al ritmo de la vida. Se convertiría en un alma atormentada. También significaba vivir anclada a un pasado que jamás tendría futuro. Un pasado delicioso pero que no podía volver. Quedarse junto a ella no lo devolvería a la vida.

—Jacob, ¿eres un fantasma? —pudo pronunciar.

El chico se miró a sí mismo.

—Algo así... estoy como flotando, es extraño. Es tan diferente a tener un cuerpo... es un estado diferente, casi etéreo —suspiró débilmente—. Soy una sombra de mí mismo, pero si dejase completamente este mundo sería solamente alma. Yo... no puedo abandonarte.

—Si supieras cuanto te he llorado...

—Lo sé —le besó las manos—. No llores más, Lucy, y menos por mí.

Antes de volver a hablar, la joven sintió una horrible opresión en el corazón, como si una losa lo aplastase.

—No te quedes conmigo, vete Jacob —contuvo las lágrimas—. No debes estar aquí. Tu vida llegó a su fin... hemos de aceptarlo —no pudo evitar que se le quebrase la voz, pero aun así tuvo valor para continuar—. Ahora debes marcharte, no puedo retenerte aquí. Debes descansar, Jacob... vete.

Paladeó las palabras que se deslizaban por su lengua con dificultad. Palabras amargas. Debía pronunciarlas, no podía callar ahora. Aunque le doliera eso era lo mejor para ambos.

—Si me marcho ahora, no podré volver jamás —su voz sonaba con más gravedad.

—No lo soportarás, Jacob. Ya no estás hecho para estar aquí. Lo mejor para los dos es que te marches —se esforzó por aparentar una firmeza que estaba muy lejos de tener.

—Ya no queda tiempo. Vive. Júrame que serás feliz, tanto como a mi me hubiese gustado hacerte.

Lucy asintió. La sangre se le heló. Aquella era la última vez que vería a Jacob, aunque fuese a su fantasma. Entonces, él se inclinó hacia ella y la besó, saboreando el escarlata de los labios de la joven. Un último beso. Jacob le acarició los oscuros cabellos con tal ternura que Lucy se estremeció. El beso de despedida.

—Te quiero. Adiós, Lucy —su voz se difuminó como si apenas existiese.

Antes de que pudiese contestar, la silueta de Jacob se esfumó. Nada. Aún sentía sus dulces labios junto a los suyos, pero desapareció. Se deshizo como un puñado de humo negro.

En el plenilunio, el fulgor de la luna irradiaba entre los árboles, dándole un aspecto más misterioso si cabe. El satélite se alzaba presidiendo el cielo como un sol enfermizo. Las estrellas

que brillaban como diminutos diamantes, habían permanecido observando el encuentro, silenciosas. Su destello titilaba en la lejanía. Todo estaba sumido en una tranquilidad plagada de extrañeza. El viento se contorsionaba entre las ramas de los árboles gigantes. Un viento efímero y fugaz. Todo parecía ser un sueño. Apenas unos segundos después de la repentina desaparición del espectro de Jacob, la realidad se desvaneció.

Lucy despertó en su habitación, de un susto. Estaba sobrecogida sobre su cama, como si acabase de despertar de una pesadilla o probablemente de un sueño rarísimo. Contemplar las paredes de la estancia a su alrededor le resultó perturbador, estaba confundida y asustada. Quizá porque había aparecido allí sin avisar. No sabía donde había estado en realidad. Por un instante incluso creyó que había estado todo el rato allí removiéndose entre las sábanas y que todo había sido una perversa creación de su subconsciente. Pero no. Todo había sido real aunque inexplicable. ¿Cómo explicar que había aparecido y desaparecido dos veces? ¿Cómo había visto al fantasma de Jacob? Sencillamente, ya no le importaba. Solo sabía que esa noche había tomado la decisión más dura de su vida. También la más difícil. Pero estaba segura de haber hecho lo correcto. Aun le temblaban las manos con las que había abrazado a Jacob. Él se había ido... a donde debía irse.

Antes de dormir en un plácido y tranquilo sueño, Lucy oteó el horizonte que se dejaba ver por la ventana. El Bosque de Las Almas seguía allí, sombrío e imponente. Quizá no era del todo mentira la historia que contaban sobre él. Y comprobó que la luna ya no estaba. No eran alucinaciones suyas. El astro había aparecido y creció hasta completarse. Qué curioso, parecía como si la luna fuese quien había determinado el tiempo, al completarse Jacob se fue como ella había decidido. Lucy recordó la frase que él pronunció: “No queda mucho tiempo”. Muy curioso.

El cielo empezaba a clarear. Los primeros rayos de sol despuntaban sobre los tejados de las casas de colores amables. Todo era serenidad y sosiego. Sin ningún testigo, la primera flor brotó de la tierra del bosque muerto. Y poco a poco, su suelo se cubría de briznas de hierba verde esmeralda. Con el paso de el tiempo, sus árboles se habían ataviado con delicadas flores de color blanco y rosa pálido. Algunos incluso daban frutos. Se había teñido de los colores de la vida. Su raíz dormida se despertó después de haber visto con sus ojos invisibles un amor más allá de la muerte.

Nuria Fernández Bermejo
Institut Ramon Berenguer



CHÉJOV¹: CONSEJOS A UN ESCRITOR

A Alekséi Maksimovich Peshkov (Máximo Gorki)²

Yalta, 3 de diciembre de 1898

Me pregunta cuál es mi opinión sobre sus cuentos. ¿Qué opinión tengo? Un talento indudable, y además un verdadero y gran talento. Por ejemplo, en el cuento "En la estepa crece" con una fuerza inusual, e incluso me invade la envidia de no haberlo escrito yo. Usted es un artista, una persona sabia. Siente a la perfección. Es plástico, es decir, cuando representa algo, lo observa y lo palpa con las manos. Eso es arte auténtico. Esa es mi opinión y estoy muy contento de poder expresársela. Yo, repito, estoy muy contento, y si nos hubiésemos conocido y hablado en otro momento, se hubiese convencido del alto aprecio que le tengo y de qué esperanzas albergo en su talento.

¿Hablar ahora de los defectos? No es tan fácil. Hablar sobre los defectos del talento es como

1 Antón P. Chéjov (1860-1904), escritor ruso, médico de profesión y maestro del relato corto además de dramaturgo. Entre sus obras teatrales no pueden dejar de citarse *El jardín de los cerezos*, *Las tres hermanas*, *Tío Vania* y *La gaviota*; entre sus novelas cortas, *Pabellón número 6*, *La estepa* y *En el barranco*, y entre sus cuentos, *La dama del perrito*, *El beso*, *El estudiante*, *Un ángel* y muchísimos otros.

2 Máximo Gorki, pseudónimo de Alekséi Maksimovich Peshkov (1868-1936), novelista ruso autor de *La madre* y *Los bajos fondos*, entre otras muchas novelas.

hablar sobre los defectos de un gran árbol que crece en un jardín. El caso es que la imagen esencial no se obtiene del árbol en sí, sino del gusto de quien lo mira. ¿No es así?

Comenzaré diciéndole que, en mi opinión, usted no tiene contención. Es como un espectador en el teatro que expresa su entusiasmo de forma tan incontinente que le impide escuchar a los demás y a sí mismo. Especialmente esta incontinencia se nota en las descripciones de la naturaleza con las que mantiene un diálogo; cuando se leen, se desea que fueran compactas, en dos o tres líneas. Las frecuentes menciones del placer, los susurros, el ambiente aterciopelado y demás, añaden a estas descripciones cierta retórica y monotonía, y enfrían, casi cansan. La falta de continencia se siente en la descripción de las mujeres (“Malva”, “En las balsas”) y en las escenas de amor. Eso no es oscilación y amplitud del pincel, sino exactamente falta de continencia verbal. Después es frecuente la utilización de palabras inadecuadas en cuentos de su tipo. Acompañamiento, disco, armonía: esas palabras molestan. [...] En las representaciones de gente instruida se nota cierta tensión, como si fuera precaución; y esto no porque usted haya observado poco a la gente instruida, usted la conoce, pero no sabe exactamente desde qué lado acercarse a ella. ¿Cuántos años tiene usted? No lo conozco, no sé de dónde es ni quién es, pero tengo la impresión de que aún es joven. Debería dejar Nizhni [Nizhni-Novgorod] y durante dos o tres años vivir, por así decirlo, alrededor de la literatura y los círculos literarios; esto no para que nuestra generación le enseñe algo, sino más bien para que se acostumbre, y siente definitivamente la cabeza con la literatura y se encariñe a ella. En las provincias se envejece pronto. Korolenko, Potapenko, Mamin [Mamin-Sibiriak], Ertel, son personas excelentes; en un primer momento, quizás le resulte a usted aburrido estar con ellos, pero después, tras dos años, se acostumbrará y los valorará como merecen, y su compañía le servirá para soportar la desagradable e incómoda vida de la capital.

* * *

*A Mijail P. Chéjov*³

Taganrog, 6 y 8 de abril de 1879

Haces bien en leer libros. Acostúmbrate a leer. Con el tiempo, valorarás esa costumbre. ¿La señora Beecher Stow [novelista norteamericana, autora de *La cabaña del tío Tom*] te ha arrancado unas lágrimas? La leí hace tiempo y he vuelto a leerla hace unos seis meses con un fin científico, y

³ Mijail P. Chéjov (1865-1936), hermano menor de Antón P. Chéjov, autor de relatos y de ensayos biográficos como *En torno a Chéjov y Antón Chéjov y los argumentos de sus obras*.

después de la lectura sentí la sensación desagradable que sienten los mortales que comen uvas pasas en exceso... Lee los siguientes libros: *Don Quijote* (completo, en siete u ocho partes). Es bueno. Las obras de Cervantes se encuentran a la altura de las de Shakespeare. Aconsejo a los hermanos que lean, si aún no lo han hecho, *Don Quijote y Hamlet*, de Turguénev. Tú, hermano, no lo entenderás. Si quieres leer un viaje que no sea aburrido, lee *La fragata Palas*, de Goncharov.

* * *

*A Dmitri V. Grigoróvich*⁴,

Moscú, 28 de marzo de 1886

Su carta, mi querido y buen bienhechor, me ha impactado como un rayo. Me conmovió y casi rompo a llorar. Ahora pienso que ha dejado una profunda huella en mi alma. [...]

Todas las personas cercanas a mí siempre han menospreciado mi actividad de escritor y no han cesado de aconsejarme amistosamente que no cambiara mi ocupación actual por la de escritor. Tengo en Moscú cientos de conocidos, entre ellos dos decenas que escriben, y no puedo recordar ni a uno sólo que haya visto en mí a un artista. En Moscú existe el llamado “círculo literario”. Talentos y mediocridades de cualquier pelaje y edad se reúnen una vez por semana en el reservado de un restaurante y dan rienda suelta a sus lenguas. Si fuera allí y les leyera una parte de su carta, se reirían de mí. Tras cinco años de deambular por los periódicos he logrado compenetrarme con esa opinión general de mi insignificancia literaria. En seguida me acostumbé a mirar mis trabajos con indulgencia y a escribir de manera trivial. Esa es la primera razón. La segunda es que soy médico y siento una gran pasión por la medicina de modo que el proverbio sobre las dos liebres [“El que sigue dos liebres, tal vez cace una, y muchas veces, ninguna”] nunca quitó tanto el sueño a nadie como a mí. Le escribo todo esto sólo para justificar un poco ante usted mi gran pecado. Hasta ahora he mantenido, respecto a mi labor literaria, una actitud superficial, negligente y gratuita. No recuerdo ni un solo cuento mío en el que haya trabajado más de un día. “El cazador”, que a usted le gusta, lo escribí en una casa de baños. He escrito mis cuentos como los reporteros que informan de un incendio: mecánicamente, medio inconsciente, sin preocuparme para nada del lector ni de mí mismo... He escrito intentando no desperdiciar en un cuento las imágenes y los cuadros que quiero y que, sabe Dios por qué, he guardado y escondido con mucho cuidado. [...]

Disculpe la comparación, pero ha actuado en mí como la orden gubernamental de “abandonar la ciudad en 24 horas”, esto es, de pronto he sentido la imperiosa necesidad de darme

4 Dmitri V. Grigoróvich (1822-1900), escritor, artista y crítico de arte ruso.

prisa, de salir lo antes posible del lugar donde me hallo empantanado... Estoy de acuerdo en todo con usted. El cinismo que me señala, lo sentí al ver publicado “La bruja”. Si hubiera escrito ese cuento no en un día, sino en tres o cuatro, no lo tendría... Me libraré de los trabajos urgentes, pero me llevará tiempo... No es posible abandonar el carril en el que me encuentro. No me importa pasar hambre, como ya pasé antes, pero no se trata de mí. Dedico a escribir mis horas de ocio, dos o tres por día y un poco de la noche, esto es, un tiempo apenas suficiente para pequeños trabajos. En verano, cuando tenga más tiempo libre y menos obligaciones, me ocuparé de asuntos serios.

No puedo poner mi verdadero nombre en el libro, porque ya es tarde: la viñeta ya está preparada y el libro, impreso. Mucha gente de Petersburgo me ha aconsejado, antes que usted, no echar a perder el libro con un pseudónimo, pero no les he hecho caso, probablemente por amor propio. No me gusta nada mi libro [Cuentos abigarrados se publicó bajo el pseudónimo de Antosha Chejonté]. Es una vinagreta, un batiburrillo de trabajos estudiantiles, desplumados por la censura y por los editores de las publicaciones humorísticas. Creo que, después de leerlo, muchos se sentirán decepcionados. Si hubiera sabido que usted me lee y sigue mis pasos, no lo habría publicado. La esperanza está en el futuro. Sólo tengo 26 años. Quizás me dé tiempo a hacer algo, aunque el tiempo pasa deprisa. Le pido disculpas por esta carta tan larga. [...] Con profundo y sincero respeto y agradecimiento.

* * *

ANTON CHÉJOV: CONSEJOS PARA ESCRITORES

Uno no termina con la nariz rota por escribir mal; al contrario, escribimos porque nos hemos roto la nariz y no tenemos ningún lugar al que ir.

Cuando escribo no tengo la impresión de que mis historias sean tristes. En cualquier caso, cuando trabajo estoy siempre de buen humor. Cuanto más alegre es mi vida, más sombríos son los relatos que escribo.

Dios mío, no permitas que juzgue o hable de lo que no conozco y no comprendo.

No pulir, no limar demasiado. Hay que ser desmañado y audaz. La brevedad es hermana del talento.

Lo he visto todo. No obstante, ahora no se trata de lo que he visto sino de cómo lo he visto.

Es extraño: ahora tengo la manía de la brevedad: nada de lo que leo, mío o ajeno, me parece lo bastante breve.

Cuando escribo, confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan al cuento.

Es más fácil escribir de Sócrates que de una señorita o de una cocinera.

Guardé el relato en un baúl un año entero y, después de ese tiempo, vuelva a leerlo. Entonces lo verá todo más claro. Escriba una novela. Escríbala durante un año entero. Después acórtela medio año y después publíquela. Un escritor, más que escribir, debe bordar sobre el papel; que el trabajo sea minucioso, elaborado.

Te aconsejo: 1) ninguna monserga de carácter político, social, económico; 2) objetividad absoluta; 3) veracidad en la pintura de los personajes y de las cosas; 4) máxima concisión; 5) audacia y originalidad: rechaza todo lo convencional; 6) espontaneidad.

Es difícil unir las ganas de vivir con las de escribir. No dejes correr tu pluma cuando tu cabeza está cansada.

Nunca se debe mentir. El arte tiene esta grandeza particular: no tolera la mentira. Se puede mentir en el amor, en la política, en la medicina, se puede engañar a la gente e incluso a Dios, pero en el arte no se puede mentir.

Nada es más fácil que describir autoridades antipáticas. Al lector le gusta, pero sólo al más insoportable, al más mediocre de los lectores. Dios te guarde de los lugares comunes. Lo mejor de todo es no describir el estado de ánimo de los personajes. Hay que tratar de que se desprenda de sus propias acciones. No publiques hasta estar seguro de que tus personajes están vivos y de que no pecas contra la realidad.

Escribir para los críticos tiene tanto sentido como darle a oler flores a una persona resfriada. No seamos charlatanes y digamos con franqueza que en este mundo no se entiende nada. Sólo los charlatanes y los imbéciles creen comprenderlo todo.

No es la escritura en sí misma lo que me da náusea, sino el entorno literario, del que no es posible escapar y que te acompaña a todas partes, como a la tierra su atmósfera. No creo en nuestra intelligentsia, que es hipócrita, falsa, histérica, maleducada, ociosa; no le creo ni siquiera cuando sufre y se lamenta, ya que sus perseguidores proceden de sus propias entrañas. Creo en los individuos, en unas pocas personas esparcidas por todos los rincones —sean intelectuales o campesinos—; en ellos está la fuerza, aunque sean pocos.



FLANNERY O'CONNOR⁵: EL ARTE DEL CUENTO

Siempre he oído decir que el cuento es uno de los géneros literarios más difíciles; y siempre he tratado de descubrir por qué la gente tiene tal impresión respecto de lo que considero una de las formas más naturales y básicas de la expresión humana.

Aún me inclino a pensar que la mayor parte de la gente posee una cierta capacidad innata para contar historias; capacidad que suele perderse, sin embargo, en el camino. Por supuesto, la capacidad de crear vida con palabras es esencialmente un don. Si uno lo posee desde el inicio, podrá desarrollarlo; pero si uno carece de él, mejor será que se dedique a otra cosa.

No obstante, he podido advertir que son las personas que carecen de tal don, las que, con mayor frecuencia, parecen poseídas por el demonio de escribir cuentos. Estoy segura que son ellas quienes escriben los libros y los artículos sobre "como se escribe un cuento".

Un cuento es una acción dramática completa, y en los buenos cuentos los personajes se muestran por medio de la acción, y la acción es controlada por medio de los personajes. Y como consecuencia de toda la experiencia presentada al lector se deriva el significado de la historia. Por

⁵ Flannery O'Connor (1925-1964), escritora norteamericana, autora de novelas (*Sangre sabia* y *Los violentos*) y de libros de relatos (*Un hombre bueno es difícil de encontrar* y *Las dulzuras del hogar*).

mi parte prefiero decir que un cuento es un acontecimiento dramático que implica a una persona, en tanto comparte con nosotros una condición humana general, y en tanto se halla en una situación muy específica. Un cuento compromete, de un modo dramático, el misterio de la personalidad humana.

Para el escritor de ficciones, en el ojo se encuentra la vara con que ha de medirse cada cosa; y el ojo es un órgano que además de abarcar cuanto se puede ver del mundo, compromete con frecuencia nuestra personalidad entera. Involucra, por ejemplo, nuestra facultad de juzgar. Juzgar es un acto que tiene su origen en el acto de ver. En la escritura de ficción, salvo en muy contadas ocasiones, el trabajo no consiste en decir cosas, sino en mostrarlas.

Un buen cuento no puede ser reducido, sólo puede ser expandido. Un cuento es bueno cuando ustedes pueden seguir viendo más y más cosas en él, y cuando, pese a todo, sigue escapándose de uno.

En la mayoría de los buenos cuentos es la personalidad del personaje lo que crea la acción de la historia. En la mayoría de esos cuentos, siento que el escritor ha pensado en una acción y luego seleccionado un personaje para que la lleve a cabo. Usualmente, existen más probabilidades de llegar a un buen fin si se comienza de otra manera. Si se parte de un personaje real estamos en camino de que algo pase antes de empezar a escribir, no se necesita saber qué. En verdad, puede ser mejor que uno ignore lo que sucederá. Cada uno debe ser capaz de descubrir algo en el cuento que escriba.



ALEJO CARPENTIER⁶: EL ADJETIVO Y SUS ARRUGAS

Los adjetivos son las arrugas del estilo. Cuando se inscriben en la poesía, en la prosa, de modo natural, sin acudir al llamado de una costumbre, regresan a su universal depósito sin haber dejado mayores huellas en una página. Pero cuando se les hace volver a menudo, cuando se les confiere

⁶ Alejo Carpentier (1904-1980), escritor cubano, autor de novelas como *El siglo de las luces* y *Los pasos perdidos* y de libros de relatos como *La guerra del tiempo* y *El acoso*.

una importancia particular, cuando se les otorga dignidades y categorías, se hacen arrugas, arrugas que se ahondan cada vez más, hasta hacerse surcos anunciadores de decrepitud, para el estilo que los carga. Porque las ideas nunca envejecen, cuando son ideas verdaderas. Tampoco los sustantivos. Cuando el Dios del Génesis luego de poner luminarias en la haz del abismo, procede a la división de las aguas, este acto de dividir las aguas se hace imagen grandiosa mediante palabras concretas, que conservan todo su potencial poético desde que fueran pronunciadas por vez primera. Cuando Jeremías dice que ni puede el etíope mudar de piel, ni perder sus manchas el leopardo, acuña una de esas expresiones poético-proverbiales destinadas a viajar a través del tiempo, conservando la elocuencia de una idea concreta, servida por palabras concretas. Así el refrán, frase que expone una esencia de sabiduría popular de experiencia colectiva, elimina casi siempre el adjetivo de sus cláusulas: “Dime con quién andas...”, “Tanto va el cántaro a la fuente...”, “El muerto al hoyo...”, etc. Y es que, por instinto, quienes elaboran una materia verbal destinada a perdurar, desconfían del adjetivo, porque cada época tiene sus adjetivos perecederos, como tiene sus modas, sus faldas largas o cortas, sus chistes o leontinas.

El romanticismo, cuyos poetas amaban la desesperación -sincera o fingida- tuvo un riquísimo arsenal de adjetivos sugerentes, de cuanto fuera lúgubre, melancólico, sollozante, tormentoso, ululante, desolado, sombrío, medieval, crepuscular y funerario. Los simbolistas reunieron adjetivos evanescentes, grisáceos, anublados, difusos, remotos, opalescentes, en tanto que los modernistas latinoamericanos los tuvieron helénicos, marmóreos, versallescós, ebúrneos, panidas, faunescos, samaritanos, pausados en sus giros, sollozantes en sus violonchelos, áureos en sus albas: de color absintio cuando de nepentes se trataba, mientras leve y aleve se mostraba el ala del leve abanico. Al principio de este siglo, cuando el ocultismo se puso de moda en París, Sar Paladán llenaba sus novelas de adjetivos que sugirieran lo mágico, lo caldeo, lo estelar y astral. Anatole France, en sus vidas de santos, usaba muy hábilmente la adjetivación de Jacobo de la Vorágine para darse “un tono de época”. Los surrealistas fueron geniales en hallar y remozar cuanto adjetivo pudiera prestarse a especulaciones poéticas sobre lo fantasmal, alucinante, misterioso, delirante, fortuito, convulsivo y onírico. En cuanto a los existencialistas de segunda mano, prefieren los purulentos e irritantes.

Así, los adjetivos se transforman, al cabo de muy poco tiempo, en el academismo de una tendencia literaria, de una generación. Tras de los inventores reales de una expresión, aparecen los que sólo captaron de ella las técnicas de matizar, colorear y sugerir: la tintorería del oficio. Y cuando hoy decimos que el estilo de tal autor de ayer nos resulta insoportable, no nos referimos al fondo, sino a los oropeles, lutos, amaneramientos y orfebrerías, de la adjetivación.

Y la verdad es que todos los grandes estilos se caracterizan por una suma parquedad en el uso del adjetivo. Y cuando se valen de él, usan los adjetivos más concretos, simples, directos, definidores de calidad, consistencia, estado, materia y ánimo, tan preferidos por quienes redactaron la Biblia, como por quien escribió el Quijote.



RAYMOND CARVER⁷: ESCRIBIR UN CUENTO

Allá por la mitad de los sesenta empecé a notar los muchos problemas de concentración que me asaltaban ante las obras narrativas voluminosas. Durante un tiempo experimenté idéntica dificultad para leer tales obras como para escribirlas. Mi atención se despistaba; y decidí que no me hallaba en disposición de acometer la redacción de una novela. De todas formas, se trata de una historia

⁷ Raymond Carver (1938-1988), escritor norteamericano, autor de libros de relatos como *De qué hablamos cuando hablamos de amor* y *Catedral*.

angustiosa y hablar de ello puede resultar muy tedioso. Aunque no sea menos cierto que tuvo mucho que ver, todo esto, con mi dedicación a la poesía y a la narración corta. Verlo y soltarlo, sin pena alguna. Avanzar. Por ello perdí toda ambición, toda gran ambición, cuando andaba por los veintitantos años. Y creo que fue buena cosa que así me ocurriera. La ambición y la buena suerte son algo magnífico para un escritor que desea hacerse como tal. Porque una ambición desmedida, acompañada del infortunio, puede matarlo. Hay que tener talento.

Son muchos los escritores que poseen un buen montón de talento; no conozco a escritor alguno que no lo tenga. Pero la única manera posible de contemplar las cosas, la única contemplación exacta, la única forma de expresar aquello que se ha visto, requiere algo más. *El mundo según Garp* es, por supuesto, el resultado de una visión maravillosa en consonancia con John Irving. También hay un mundo en consonancia con Flannery O'Connor, y otro con William Faulkner, y otro con Ernest Hemingway. Hay mundos en consonancia con Cheever, Updike, Singer, Stanley Elkin, Ann Beattie, Cynthia Ozick, Donald Barthelme, Mary Robinson, William Kitredge, Barry Hannah, Ursula K. Le Guin... Cualquier gran escritor, o simplemente buen escritor, elabora un mundo en consonancia con su propia especificidad.

Tal cosa es consustancial al estilo propio, aunque no se trate, únicamente, del estilo. Se trata, en suma, de la firma inimitable que pone en todas sus cosas el escritor. Este es su mundo y no otro. Esto es lo que diferencia a un escritor de otro. No se trata de talento. Hay mucho talento a nuestro alrededor. Pero un escritor que posea esa forma especial de contemplar las cosas, y que sepa dar una expresión artística a sus contemplaciones, tarda en encontrarse.

Decía Isak Dinesen que ella escribía un poco todos los días, sin esperanza y sin desesperación. Algún día escribiré ese lema en una ficha de tres por cinco, que pegaré en la pared, detrás de mi escritorio... Entonces tendré al menos esa ficha escrita. “El esmero es la ÚNICA convicción moral del escritor”. Lo dijo Ezra Pound. No lo es todo aunque signifique cualquier cosa; pero si para el escritor tiene importancia esa “única convicción moral”, deberá rastrearla sin desmayo.

Tengo clavada en mi pared una ficha de tres por cinco, en la que escribí un lema tomado de un relato de Chejov: “...Y súbitamente todo empezó a aclarársele”. Sentí que esas palabras contenían la maravilla de lo posible. Amo su claridad, su sencillez; amo la muy alta revelación que hay en ellas. Palabras que también tienen su misterio. Porque, ¿qué era lo que antes permanecía en la oscuridad? ¿Qué es lo que comienza a aclararse? ¿Qué está pasando? Bien podría ser la consecuencia de un súbito despertar. Siento una gran sensación de alivio por haberme anticipado a ello.

Una vez escuché al escritor Geoffrey Wolff decir a un grupo de estudiantes: “No a los juegos triviales”. También eso pasó a una ficha de tres por cinco. Sólo que con una leve corrección: No jugar. Odio los juegos. Al primer signo de juego o de truco en una narración, sea trivial o elaborado, cierro el libro. Los juegos literarios se han convertido últimamente en una pesada carga, que yo, sin embargo, puedo estibar fácilmente sólo con no prestarles la atención que reclaman. Pero también una escritura minuciosa, puntillosa, o plúmbea, pueden echarme a dormir. El escritor no necesita de juegos ni de trucos para hacer sentir cosas a sus lectores. Aun a riesgo de parecer trivial, el escritor debe evitar el bostezo, el espanto de sus lectores.

Hace unos meses, en el *New York Times Books Review*, John Barth decía que, hace diez años, la gran mayoría de los estudiantes que participaban en sus seminarios de literatura estaban altamente interesados en la “innovación formal”, y eso, hasta no hace mucho, era objeto de atención. Se lamentaba Barth, en su artículo, porque en los ochenta han sido muchos los escritores entregados a la creación de novelas ligeras y hasta “pop”. Argüía que el experimentalismo debe hacerse siempre en los márgenes, en paralelo con las concepciones más libres. Por mi parte, debo confesar que me ataca un poco los nervios oír hablar de “innovaciones formales” en la narración. Muy a menudo, la “experimentación” no es más que un pretexto para la falta de imaginación, para la vacuidad absoluta. Muy a menudo no es más que una licencia que se toma el autor para alienar a —y maltratar, incluso— a sus lectores. Esa escritura, con harta frecuencia, nos despoja de cualquier noticia acerca del mundo; se limita a describir una desierta tierra de nadie, en la que pululan lagartos sobre algunas dunas, pero en la que no hay gente; una tierra sin habitar por algún ser humano reconocible; un lugar que quizá sólo resulte interesante para un puñado de especializadísimos científicos.

Sí puede haber, no obstante, una experimentación literaria original que llene de regocijo a los lectores. Pero esa manera de ver las cosas —Barthelme, por ejemplo— no puede ser imitada luego por otro escritor. Eso no sería trabajar. Sólo hay un Barthelme, y un escritor cualquiera que tratase de apropiarse de su peculiar sensibilidad, de su *mise en scene*, bajo el pretexto de la innovación, no llegará sino al caos, a la dispersión y, lo que es peor, a la decepción de sí mismo. La experimentación de veras será algo nuevo, como pedía Pound, y deberá dar con sus propios hallazgos. Aunque si el escritor se desprende de su sensibilidad no hará otra cosa que transmitirnos noticias de su mundo.

Tanto en la poesía como en la narración breve, es posible hablar de lugares comunes y de cosas usadas comúnmente con un lenguaje claro, y dotar a esos objetos —una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un pendiente de mujer— con los atributos de lo inmenso, con

un poder renovado. Es posible escribir un diálogo aparentemente inocuo que, sin embargo, provoque un escalofrío en la espina dorsal del lector, como bien lo demuestran las delicias debidas a Nabokov. Esa es de entre los escritores, la clase que más me interesa. Odio, por el contrario, la escritura sucia o coyuntural que se disfraza con los hábitos de la experimentación o con la supuesta zafiedad que se atribuye a un supuesto realismo. En el maravilloso cuento de Isaak Babel, Guy de Maupassant, el narrador dice acerca de la escritura: “Ningún hierro puede despedazar tan fuertemente el corazón como un punto puesto en el lugar que le corresponde”. Eso también merece figurar en una ficha de tres por cinco.

En una ocasión decía Evan Connell que supo de la conclusión de uno de sus cuentos cuando se descubrió quitando las comas mientras leía lo escrito, y volviéndolas a poner después, en una nueva lectura, allá donde antes estuvieran. Me gusta ese procedimiento de trabajo, me merece un gran respeto tanto cuidado. Porque eso es lo que hacemos, a fin de cuentas. Hacemos palabra y deben ser palabras escogidas, puntuadas en donde corresponda, para que puedan significar lo que en verdad pretenden. Si las palabras están en fuerte maridaje con las emociones del escritor, o si son imprecisas e inútiles para la expresión de cualquier razonamiento —si las palabras resultan oscuras, enrevesadas— los ojos del lector deberán volver sobre ellas y nada habremos ganado. El propio sentido de lo artístico que tenga el autor no debe ser comprometido por nosotros. Henry James llamó “especificación endeble” a este tipo de desafortunada escritura.

Tengo amigos que me cuentan que deben acelerar la conclusión de uno de sus libros porque necesitan el dinero o porque sus editores, o sus esposas, les apremian a ello. “Lo haría mejor si tuviera más tiempo”, dicen. No sé qué decir cuando un amigo novelista me suelta algo parecido. Ese no es mi problema. Pero si el escritor no elabora su obra de acuerdo con sus posibilidades y deseos, ¿por qué ocurre tal cosa? Pues en definitiva sólo podemos llevarnos a la tumba la satisfacción de haber hecho lo mejor, de haber elaborado una obra que nos deje contentos. Me gustaría decir a mis amigos escritores cuál es la mejor manera de llegar a la cumbre. No debería ser tan difícil, y debe ser tanto o más honesto que encontrar un lugar querido para vivir. Un punto desde el que desarrollar tus habilidades, tus talentos, sin justificaciones ni excusas. Sin lamentaciones, sin necesidad de explicarse.

En un ensayo titulado “Escribir cuentos”, Flannery O’Connor habla de la escritura como de un acto de descubrimiento. Dice O’Connor que ella, muy a menudo, no sabe a dónde va cuando se sienta a escribir una historia, un cuento... Dice que se ve asaltada por la duda de que los escritores sepan realmente a dónde van cuando inician la redacción de un texto. Habla ella de la “piadosa gente del pueblo”, para poner un ejemplo de cómo jamás sabe cuál será la conclusión de un cuento

hasta que está próxima al final:

“Cuando comencé a escribir el cuento no sabía que Ph. D. acabaría con una pierna de madera. Una buena mañana me descubrí a mí misma haciendo la descripción de dos mujeres de las que sabía algo, y cuando acabé vi que le había dado a una de ellas una hija con una pierna de madera. Recordé al marino bíblico, pero no sabía qué hacer con él. No sabía que robaba una pierna de madera diez o doce líneas antes de que lo hiciera, pero en cuanto me topé con eso supe que era lo que tenía que pasar, que era inevitable.”

Cuando leí esto hace unos cuantos años, me chocó el que alguien pudiera escribir de esa manera. Me pareció descorazonador, acaso un secreto, y creí que jamás sería capaz de hacer algo semejante. Aunque algo me decía que aquel era el camino ineludible para llegar al cuento. Me recuerdo leyendo una y otra vez el ejemplo de O'Connor.

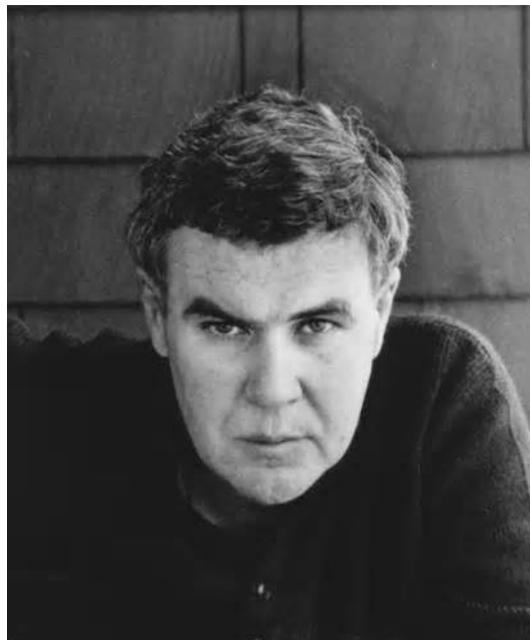
Al fin tomé asiento y me puse a escribir una historia muy bonita, de la que su primera frase me dio la pauta a seguir. Durante días y más días, sin embargo, pensé mucho en esa frase: “Él pasaba la aspiradora cuando sonó el teléfono”. Sabía que la historia se encontraba allí, que de esas palabras brotaba su esencia. Sentí hasta los huesos que a partir de ese comienzo podría crecer, hacerse el cuento, si le dedicaba el tiempo necesario. Y encontré ese tiempo un buen día, a razón de doce o quince horas de trabajo. Después de la primera frase, de esa primera frase escrita una buena mañana, brotaron otras frases complementarias para complementarla.

Puedo decir que escribí el relato como si escribiera un poema: una línea; y otra debajo; y otra más. Maravillosamente pronto vi la historia y supe que era mía, la única por la que había esperado ponerme a escribir.

Me gusta hacerlo así cuando siento que una nueva historia me amenaza. Y siento que de esa propia amenaza puede surgir el texto. En ella se contiene la tensión, el sentimiento de que algo va a ocurrir, la certeza de que las cosas están como dormidas y prestas a despertar; e incluso la sensación de que no puede surgir de ello una historia. Pues esa tensión es parte fundamental de la historia, en tanto que las palabras convenientemente unidas pueden ir la desvelando, cobrando forma en el cuento. Y también son importantes las cosas que dejamos fuera, pues aún desechándolas siguen implícitas en la narración, en ese espacio bruñado (y a veces fragmentario e inestable) que es sustrato de todas las cosas.

La definición que da V.S. Pritchett del cuento como “algo vislumbrado con el rabillo del ojo”, otorga a la mirada furtiva categoría de integrante del cuento. Primero es la mirada. Luego esa mirada ilumina un instante susceptible de ser narrado. Y de ahí se derivan las consecuencias y

significados. Por ello deberá el cuentista sopesar detenidamente cada una de sus miradas y valores en su propio poder descriptivo. Así podrá aplicar su inteligencia, y su lenguaje literario (su talento), al propio sentido de la proporción, de la medida de las cosas: cómo son y cómo las ve el escritor; de qué manera diferente a las de los más las contempla. Ello precisa de un lenguaje claro y concreto; de un lenguaje para la descripción viva y en detalle que arroje la luz más necesaria al cuento que ofrecemos al lector. Esos detalles requieren, para concretarse y alcanzar un significado, un lenguaje preciso, el más preciso que pueda hallarse. Las palabras serán todo lo precisas que necesite un tono más llano, pues así podrán contener algo. Lo cual significa que, usadas correctamente, pueden hacer sonar todas las notas, manifestar todos los registros.



DE 14 A 20

L'Associació de Pares i Mares d'Alumnes (AMPA) de l'Institut Puig Castellar, amb l'objectiu de promoure l'interès per la literatura i l'expressió escrita entre els joves de Santa Coloma de Gramenet, convoca per segon any consecutiu el concurs literari "De 14 a 20".

BASES DEL CONCURS

- 1ª.** El concurs està obert a tots els joves d'entre 14 i 20 anys que visquin, estudiïn o treballin a Santa Coloma.
- 2ª.** Poden presentar-s'hi treballs escrits en català o en castellà.
- 3ª.** Els relats presentats poden ser de ficció o de testimoni de fets ocorreguts.
- 4ª.** La dotació del premi és de 200 € per l'obra guanyadora i de 100 € per cadascuna de les tres finalistes. Una part d'aquests premis es lliurarà en metàl·lic i l'altra en un val per comprar llibres.
- 5ª.** Els textos aniran escrits amb lletra Times o Arial de 12 punts de mida, a doble espai i marges de 3 cm per cada banda, amb una extensió de 3 (mínim) a 20 folis per una sola cara.
- 6ª.** Els treballs poden enviar-se per correu electrònic (ampa@iespuigcastellar.xeill.net) o dipositar-se en un sobre tancat des de la data d'aquesta convocatòria fins el 10 d'abril de 2015 (data límit) a l'Associació de Pares i Mares de l'Institut Puig Castellar. En aquest mateix sobre s'inclourà la plica amb les dades de l'autor (nom i cognoms, edat i centre d'estudi o treball).
- 7ª.** El jurat del concurs estarà format per tres professors de diferents instituts, un membre de l'AMPA convocant i un escriptor local.
- 8ª.** Els premis poden declarar-se deserts si cap dels treballs reuneix la qualitat necessària.
- 9ª.** El veredict del jurat es farà públic el 23 d'abril de 2015, a les 18 h, en un acte literari a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar.
- 10ª.** L'entitat convocant es reserva la possibilitat de publicar les obres guanyadores i algunes de les no premiades que es considerin d'interès.

Santa Coloma, 8 d'octubre de 2014